

Tiempos modernos

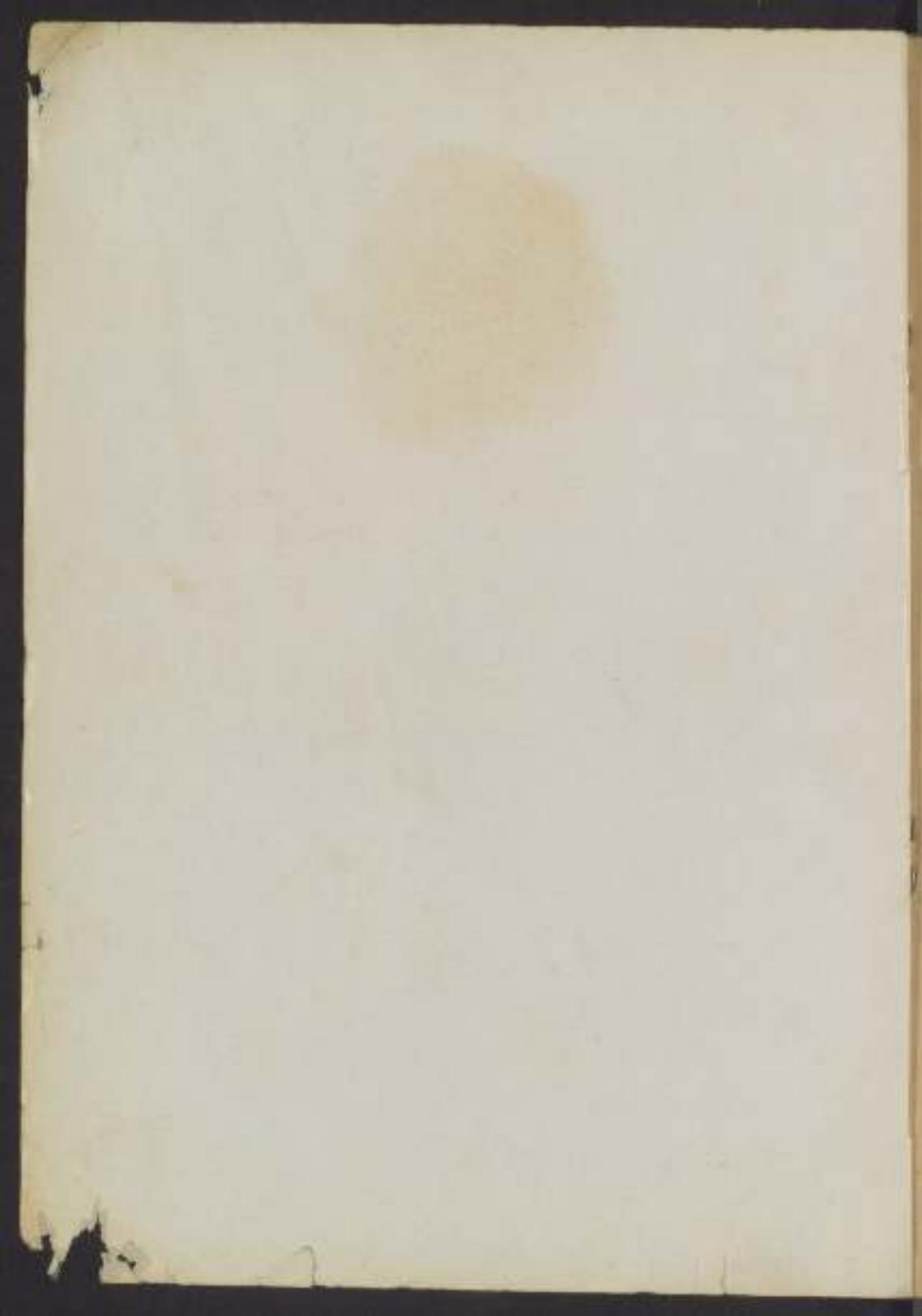
PROPAGANDA



"Charlot,"

ediciones bistagne.

9 Pta.



1507

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 16911-Barcelona

TIEMPOS MODERNOS

Una auténtica joya cinematográfica

Asunto y dirección del famoso

Charlie Chaplin «CHARLOT»

Producción

UNITED ARTISTS

Distribuida por

Los Artistas Asociados

Rambla de Cataluña, 60 / 62 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

21 Marzo 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

«CHARLOT»

y

PAULETTE GODARD

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tiempos modernos

Argumento de la película

A MANERA DE PROLOGO

Tiempos modernos. Aglomeración de multitudes. La lucha terrible por la existencia. El hacinamiento de las ciudades para arrebatar-se unos a otros un mal mendrugo de pan.

Tiempos modernos. Rebaños de seres humanos encajonados por la vida, surgiendo de las bocas negras del metro, perdiéndose en la hilera interminable de las calles, invadiendo los tranvías y los aéreos, con una resignación de res empujada por sus compañeros de rebaño que no saben de dónde vienen ni hacia dónde van, pero que siguen adelante, siempre adelante en el impulso del empuje humano contra el que nada puede un solo ser. Hay que seguir la corriente, hay que avanzar, hay

que lanzarse a aquel torbellino de la multitud para no ser arrollado por ella, para no ser destrozado si se intentara el retroceso.

Tiempos modernos. Mecanización de la vida. Anulación del sentimiento. Suplantación del hombre por la máquina.

Tiempos modernos. Egoísmo, olvido de la caridad con el prójimo, muerte de todo bello ideal. El trabajo rudo, la ruda lucha sorda por la existencia, la anulación de lo sensitivo por lo sensible.

Tiempos modernos. De un solo golpe la civilización ha destrozado el espíritu del hombre y le ha convertido en una materia más. Una rueda de un complicadísimo engranaje. Algunas, ruedas motrices, de

capacidad creadora; otras, pequeñas ruedas empujadas por diversas corrientes; otras insignificantes, tornillos de una rueda que han de hacer dos mil evoluciones por segundo, sin que nada les pueda detener. El hombre ha dejado de ser hombre; es una pieza de mayor o menor importancia en la maquinaria creada por la humanidad que en su civilización enloquecedora ha llegado hasta la barbarie.

Tiempos modernos. Locura. Nerviosismo. Histeria.

Tiempos modernos en los que ha dejado de existir la bondad para dar paso al egoísmo; en los que ha dejado de imperar el espíritu para dar el trono a la materia; en los que se ha anulado el ideal para crear el embrutecedor prosaísmo de un trabajo sin ambiciones nobles; en los que los adelantos de la ciencia han llegado tan lejos... tan lejos...

Pero no, no se puede ir tan lejos... Los tiempos modernos no lo han matado todo, porque no conseguirán nunca anular el corazón de un hombre bueno ni destruir la bondad de un ser candoroso, esperanzado, dichoso en su miseria, alegre en su nulidad, confiado en su destino que parece divertirse en ce-

rrarle puerta tras puerta y en acumular ante él los más desatinados obstáculos para vencerle y arrastrarle en el torbellino loco de su desenfrenada marcha.

Las multitudes, como rebaños, surgirán de las bocas oscuras del metro, guiadas por un solo instinto: el de la conservación, pero entre aquella multitud latirán siempre nobles sentimientos, innatas bondades que no perecerán ahogadas entre la aglomeración de los egoísmos ajenos; almas bellas capaces de marchar por la vida con la serenidad en la mirada y la paz en el espíritu.

La mecanización de la vida no podrá laminar, como si fuera una plancha de acero, el corazón del hombre, donde habrá siempre el brote fresco del amor y del desinterés.

La máquina no podrá nunca llegar a anular al hombre, al hombre que sepa conservar en su espíritu la incertilla tenue del ideal.

La civilización no podrá destruir con su complicado rodar, el espíritu del hombre mientras haya horizontes claros hacia los que marchar con la frente alta y el alma llena de esperanzas.

No podrá el engranaje humano

destrozar entre sus dientes de acero el alma del hombre. No podrán las multitudes ahogar en sus aglomeraciones ciudadanas la individualidad acusada del que sepa conservarse, aun en medio del rebaño empujado por las reses que siguen detrás, individuo único de una gran comunidad.

Podrá arrollarle, convertirle en un eje, en una biela, en un cojinete, en una polea, en el diente diminuto de la más diminuta rueda de la complicada maquinaria de nuestra civilización; pero no podrá

arrollar su personalidad y destruirla, ni matar su sentimiento. Y a veces el sentimiento grande, heroico, desconocido, suele encerrarse en el corazón del más chiquito, del más insignificante, del más infeliz, de aquel del que todos se ríen sin saber comprender la grandexa de un alma capaz de resistir a todas las contrariedades con la sonrisa en los labios y la mirada clara y serena del que tiene la conciencia limpia de toda culpa y podría tirar la primera piedra...

CAPITULO I

Las nueve de la mañana. Los obreros estran en la fábrica en largas hileras, presurosos, empujados rápidamente por los que vienen detrás. Llegan de todas direcciones, como corderos a los que se hubiera ido a buscar al bosque con buenos mastines (el mastín moderno de la moderna civilización es el reloj que

avanza y no perdona) y los trajeran al aprisco, encajonándolos antes por los largos pasillos para poderlos contar, para que no falte ni uno, para que ninguno pueda escapar a la vigilancia del pastar.

Sólo que los obreros de hoy no necesitan vigilancia personal. Allí están las maquinarias complicadas

y los grandes ficheros. No hay más que tomar la ficha que corresponde a cada uno de ellos meterla en la pequeña boca que hay al pie del reloj y marcar. Allí queda grabada la hora de entrada, el severo control que en silencio y sin necesidad de capataces sañudos, hace apresurar el paso al obrero para llegar a la fábrica antes de que haya caído la última campanada de las nueve.

Fábrica enorme, silenciosa, brillante, con salas de máquinas que pudieran competir con salones de baile: tan grande es la limpieza de los suelos y el brillo pulimentado de las piezas de la maquinaria que relucen como si fueran de oro o de platino.

Complicación de ejes, de interruptores, de llaves, de cambios de dirección, de enormes agujas: muy pocos obreros.

Basta uno solo para poner en movimiento toda aquella complicada maquinaria. Basta tocar algunos resortes para que todo marche silenciosamente, movido por el empuje eléctrico, por la fuerza motriz de miles de caballos que galopan en ritmo silencioso dando marcha a las ruedas gigantes, de dientes pulidos como si acabaran de salir de

casa de un dentista mitológico, gigante y fantástico. Basta abrir una llave, conectar un interruptor, mover un aguja. Ya está la fábrica en marcha. Todas las máquinas ruedan en un mismo ritmo. Las piezas, pasando automáticamente de una a otra sección de maquinaria, van adquiriendo su perfeccionamiento: aquí se lamina; allá se bate, más allá se hila, se pone al rojo vivo en los altos hornos eléctricos, cae en las calderas de agua fría que templan el acero y le hace fuerte; pasa por las cortadoras, entra por las torneadoras, se desliza por el pulimento... La pieza, de lingote sin forma, va adquiriendo el valor comercial que le dan en silencio todas aquellas grandes máquinas que a su vez han sido construidas por sus hermanas, acaso mayores que ellas y quizá también más complicadas, de otras fábricas montadas con anterioridad por un cerebro creador.

El "cerebro creador" está en su oficina. No necesita mucho personal. El mismo puede controlar, sin moverse, sin fatigarse, todo el movimiento de la fábrica y el trabajo de sus obreros; puede darles órdenes o reprenderles una falta en el trabajo o un momento de distrac-

ción. Sobre su mesa un diminuto aparato; en la pared, frente a él, una pantalla. Se mueve una ruedecita que parece un juguete y en el aparato de televisión aparece como por arte de magia el departamento de la fábrica que al director le interesa ver. Se mueve otra ruedecita, tan mona, tan frívola, tan insignificante como la primera, y la voz del director llega hasta los rincones más apartados, imponiendo su voluntad, dando sus órdenes, corrigiendo los defectos de los obreros o el descuido de los perezosos.

La electricidad lo suple todo. No es necesario tener secretarios, mayordomos, capataces y gerentes... gentes que todo lo estorban y sobre las que se hace difícil ejercer un absoluto control... ¡Cuánto mejor este pequeño aparatito con el que, en un instante, puede recorrerse, sin moverse de su despacho, toda la fábrica! ¡Cuánto más fiel es la televisión que un capataz, que puede ponerse de parte del obrero y ser un enemigo más!... La electricidad lo ha eliminado todo, lo ha suplido todo, lo ha destruido todo... con su gran fuerza creadora. ¡Lástima que no se halla llegado aún al perfeccionamiento de poder mover toda la fábrica con un aparatito tan di-

minuto, tan coquetón, tan sencillito como este aparato que está sobre la mesa del director y le permite ver y ser visto por toda su dependencia, logrando así que su presencia se haga siempre sensible!...

Charlot trabaja en aquella fábrica. La electricidad, que todo lo puede, ha dejado aún lugar a unos cuantos centenares de obreros que, distribuidos en diversas dependencias, ganan el pan trabajando al mismo ritmo de las máquinas. No pueden dejar un solo instante aquel ritmo impuesto por la marcha constante del movimiento mecánico.

Charlot es un buen obrero. Ha llegado, con los otros, mientras daban las nueve campanadas. Ha dejado la chaqueta y, en camiseta, como todos sus compañeros, para no sentir tanto el calorillo amoroso de la electricidad que todo lo tuesta, se ha puesto a su trabajo.

Trabaja ante una polca que rueda sin cesar. Sobre ella pasan, de una manera acompasada, las piezas que han salido de la boca de una máquina, casi dispuestas ya para salir al mercado, pulidas, brillantes, retocadas y bellas como una mujer coqueta. Sólo le faltan unas pocas operaciones más... Casi nada. Podría decirse que es como la últi-

ma pincelada en los labios o el toquecito de la brocha en la punta de la nariz, o la caricia de la mano en los ricitos de la nuca que no acaban nunca de estar bien dispuestos. Charlot, con una llave inglesa en cada mano, atornilla los dos tornillos que van sobre las planchitas; el obrero que está a su lado comprueba, con un martillazo seco, su resistencia; un tercero repule su superficie; las piezas, llevadas siempre por la polea giratoria que no cesa nunca en su marcha, se hunden en la boca de un pequeño túnel y desaparecen para pasar por una nueva maquinaria que les dará el último toque, el definitivo.

Charlot sabe acompasar bien su trabajo al ritmo de la maquinaria y sus compañeros de trabajo deben estar muy acostumbrados también a la tarea, porque no se mueven de su sitio y ejecutan con precisión cada uno lo que le está confiado. No pueden distraerse un instante. Si lo hacen ya han pasado dos o tres piezas sobre las que no se ha ejecutado la labor, ya se ha perdido el ritmo del trabajo, ya se ha tenido que adelantar unos pasos hacia el compañero vecino, estorbándole con la proximidad de su cuerpo. Es necesario que el ritmo no se pierda.

Y Charlot trabaja a conciencia, en aquel mecanismo en el que él no es más que aquel diminuto tornillo, en el que nadie se fija, pero que da dos mil revoluciones por segundo. Sus manos no paran. Las dos llaves inglesas caen con precisión sobre los dos tornillos y les dan la media vuelta precisa para que queden perfectamente ajustados.

Pero Charlot no puede prever el que, de pronto, una mosca vendrá a posársele en la nariz. Instintivamente sopla hacia arriba y la mosca revolotea un segundo para posársele en la frente y hacerle un cosquilleo que le hace perder el ritmo, porque se ha sacudido con la mano. Corre a alcanzar las piezas que han huído bajo sus manos. Se acerca al compañero, que es un gigantón fuerte y aguerrido y que le da una mirada de desprecio. Charlot no es, a su lado, más que un despreciable pigmeo.

Rápidamente vuelve a su puesto, siguiendo inalterable el ritmo que sus manos se han impuesto obligatoriamente, porque no pueden cesar un instante. Es un movimiento constante, enloquecedor; las manos se ulzan, caen las dos llaves inglesas sobre los tornillos y dan la media vueltecita milagrosa; vuelven a al-

zarse, vuelven a caer sobre los otros dos tornillos de la pieza que sigue y vuelven a dar la media vueltita certera; y así una y otra y otra y mil y mil veces, en un ritmo inalterable. Inalterable cuando no hay moscas impertinentes que vienen a pasearse ante los ojos y se posan en la nariz o cosquillean en la oreja.

Cada una de las travesturas de la mosca es una pérdida inalcanzable de tiempo y Charlot tiene que correr al lado del gigante para dar la vuelta a las tres piezas que han pasado en el tiempo que él ha tardado en esquivar la mosca indiscreta contra la que la electricidad no ha inventado aún el medio de hacerla desaparecer cuando viene a molestar a un obrero en pleno trabajo febril. La mosca va, viene, revolotea en torno a los ojos, zumba en los oídos, se detiene en la mejilla, cosquillea en la frente...

El gigantón mira con mirada furibunda al pigmeo que trabaja a su lado y que pierde el tiempo—¡oh crimen de lesa trabajal!—en abuyentar a una mosca que le está fastidiando.

Charlot corre a realcanzar las piezas que han pasado y sus brazos no dejan de hacer el movimiento rítmico ni aun cuando aparta a la

impertinente bestezuela; hace como los soldados cuando se detienen y no han de perder el paso; así, al dejar caer las llaves inglesas sobre los tornillos, los brazos tinen ya el empuje monótono que ha de lograr el acabado perfecto del trabajo.

Por fin, el capataz que vigila aquella sección—en aquella sección hay un capataz porque todavía no lo han podido electrificar—de un trompazo terrible mata la mosca y hace perder de nuevo a Charlot el ritmo de la marcha, pero esta vez lo pierde en absoluto, porque hasta las llaves inglesas han caído al suelo. Los brazos de Charlot no cesan en su movimiento. Le ha quedado como un tic nervioso del que no puede deshacerse. Son tres horas las que lleva parado ante la polea deslizando, atornillando los dos tornillos que van pasando unos tras otros en una enervante monotonía.

Ha recogido las llaves inglesas, sin dejar de seguir el ritmo del movimiento. Al levantarse ve junto a él, recogiendo algo del suelo, a la mecanógrafa de la dirección. Lleva en la falda, detrás, cerca de la cintura, dos hileras de botones. Charlot, que ya comienza a ver en todas las cosas los obsesionantes tornillos, atornilla dos de los boto-

nes de la falda de la muchacha que se incorpora prestamente y se marcha dándole miradas de enojo de las que Charlot no hace ningún caso, porque ha tenido que correr a alcanzar las piezas que ya están a punto de desaparecer por la boca del túnel y a las que él no ha dado el tornillazo definitivo.

La polea, que al emprender el descenso lleva una fuerza arrolladora, se apodera de Charlot, le arrastra consigo, se lo lleva junto con las piezas y va rodando por entre cojinetes, engranajes, ruedas, poleas, rodillos, dando las mismas evoluciones que las piecitas que marchan su camino incansable, repuliéndose acá, laminándose allá, tomando en otro lugar una nueva forma y adquiriendo así la consistencia que las ha de hacer apreciables en el mercado metalúrgico.

Los compañeros de Charlot se han mirado aterrados. Aquel hombrecillo que ha desaparecido por la boca del túnel debe estar ya despedazado entre los dientes enormes de las enormes máquinas. Pero, no... Charlot no es más que otra piecita de acero. Es tan chiquito, tan insignificante, tan humilde... ¡y las máquinas son tan grandes!... Va pasando, llevado siempre por la co-

rriente eléctrica, encogidito como un niño asustado. En el primer momento ha temido acabar allí su vida, pero al ver que ninguna rueda muerde en su carne, se deja llevar alegremente por la polea que le produce la sensación de un ferrocarril aerodinámico, tan veloz y tan suavemente rueda.

Los obreros buscan la despedazada carne de su compañero; dan marcha atrás a la maquinaria, retroceden las piezas, todo gira al contrario de lo que hasta entonces había girado; Charlot siente que emprende la marcha de retorno, que no avanza ahora hacia adelante, sino que parece que le tiran de los pies para salir de todo aquel complicadísimo engranaje que ahora recorre de nuevo en viaje de vuelta. A los pocos momentos aparecen por la boca del túnel los pies enormes del hombrecillo pequeño e insignificante que salta al suelo y para recuperar el ritmo de su atornillado atornilla con las dos llaves inglesas las narices de sus dos compañeros.

En seguida está otra vez en su puesto, trabajando como el mejor, atornillando pieza tras pieza con sus ojillos vivos, mirando ingenuamente a los que le miran con asom-

bro al ver que nada malo le ha ocurrido.

Charlot continúa su trabajo en un ritmo más acelerado. En la sala de máquinas ha aparecido, en la pantalla televisora, la figura del director y en la caja de resonancia se ha escuchado su voz:

—Doble marcha: 3, 5, 12.

El obrero ha hecho girar una llave, ha conectado un interruptor y ha movido una aguja. Esto ha sido lo bastante para cumplimentar la orden escueta del director que se ha esfumado en la pantalla como un fantasma, sin duda para ir a aparecer en la pantalla de algún otro departamento.

Aquella insignificante maniobra ha impulsado con doble fuerza la marcha matriz. Charlot tiene que acelerar el ritmo de su trabajo y sus brazos no descansan un instante. Ahora no podrá ni estornudar, ni esquivar la mosca, si la mosca resucitara y viniera a molestarle de nuevo, porque en el breve espacio de tiempo empleado en ello habrían corrido ante él una docena de piezas que ya no podría alcanzar.

Charlot pide un sustituto. Quiere dejar por un momento aquel trabajo monótono. El capataz le toma las llaves inglesas y ocupa su lugar,

mientras él, con el tic nervioso que le ha producido el continuo atornillado, marcha hacia los lavabos sin dejar de hacer el gestecito seco y rítmico de sus brazos. Ha de hacer un esfuerzo de voluntad para estarse quieto.

A la entrada de los lavabos hay un reloj, un gran fichero, un aparato marcador. Charlot coge su ficha y marca la hora en que entra en aquel lugar; al salir hará lo mismo y en su ficha quedará controlado el tiempo que ha empleado lejos de la máquina de la que él es una ruedecita más, impulsada también por la electricidad. Por esto todos sus nervios se sacuden todavía con sacudidas eléctricas.

Allí se siente libre y recupera su personalidad. Ya no es una máquina. Vuelve a ser un hombre, un hombrecillo sencillo, pequeño, ingenuo, alegre. Saca un cigarrillo, rasca en la parte trasera del pelec de metalúrgico el fósforo, enciende el pitillo y se recuesta tranquilamente en uno de los lavabos.

Pero no ha lanzado al aire más que una bocanada de humo cuando ya está allí el director, aquel duende que recorre desde su despacho todas las dependencias de la fábrica y que controla severamente has-

ta las respiraciones de sus obreros. Un pequeño chasquido y allí está el director, reflejado en la pantalla televisora, mirando con ojos indignados al hombrecillo que se sentía tan dichoso en aquel instante de reposo. La caja de transmisión hace escuchar de nuevo la voz del director que habla con palabras secas, como golpes eléctricos:

—No se fuma. No damos trabajo a gandules. A la máquina.

Charlot, resignadamente, abandona el cuarto lavabo, sale al pasillo, marca en su ficha la hora de salida y vuelve a la sala de máquinas. El suplente no se ha dado cuenta de que ya está allí el sustituido. Charlot se queda detrás de él, ansioso de reposar unos momentos más de aquel trabajo maquinal. Saca del bolsillo de su pecele una

enorme lima y se lima cuidadosa y coquetamente las uñas, les da brillo sobre las mangas llenas de grasa de su blusa y las vuelve a limar.

Cuando el cipataz le sorprende siente descos de darle un golpe seco con las llaves inglesas, pero se contenta con ponérselas en la mano y cederle el puesto ante la polea que marcha veloz, que ha tomado un ritmo aun más vivo que cuando Charlot ha abandonado el trabajo hace escasamente cuatro o cinco minutos. Ahora las piezas pasan a toda velocidad y el movimiento de los brazos del obrero adquiere caracteres de vértigo.

Atornilla... atornilla... atornilla. Es como una obsesión, como una pesadilla, como el delirio de una locura.

CAPITULO II

En el despacho del director ha sonado un timbre que apenas ha hecho ruido. El director ha contestado por el parlafono y ha dado orden de que se introdujera al visitante.

El *visitante* es una enorme máquina que se desliza suavemente sobre cojinetes de goma sobre el suelo encerado, empujada por tres hombres silenciosos. Viene también un caballero que no despliega los labios, que coloca una pequeña caja acústica sobre la mesa, le da cuerda, la deja hablar y va mostrando, a medida que la máquina parlante da las indicaciones del nuevo invento, las partes más esenciales del aparato.

Habla la máquina parlante:

—Señor director, soy el agente comercial de—aquí un difícil y enrevesado nombre de una gran compañía—. Mi visita será breve. Sólo quiero mostrarle el maravilloso in-

vento ejecutado por uno de los ingenieros más sobresalientes de nuestro país. Esta máquina que me tomo la libertad de exhibirle y mostrarle es, por decirlo así, el mejor agente del obrero en las grandes fábricas sometidas a un control exacto. La máquina permite que el obrero pueda comer mientras sigue ocupado en su trabajo. Así puede hacer sin interrupción de ningún género el trabajo intensivo de las ocho horas, resultando de hecho un provecho para la producción nacional. Nuestra máquina se compone, como puede apreciarse fácilmente, de una tabla redonda, giratoria, sobre la que van colocados los platos: el de la sopa, el de la carne, el de la verdura, el de los postres; la taza del café, el vaso del agua y el del vino; todo, en fin, cuanto necesita el almuerzo de un obrero que no puede dejar debilitar sus fuerzas físicas si no quiere convertirse en

una pieza inútil en la sociedad de hoy. Los platos, movidos por un resorte, suben hasta la altura de la boca del obrero y, por medio de palancas sabiamente dispuestas, empujan la comida hasta sus labios y la introducen en su boca. El obrero no tiene más trabajo que el de masticar y esperamos que pronto encontraremos el medio de evitarle ese desgaste de fuerzas físicas que el obrero debe emplear por entero en su trabajo. El señor director ordenará, si le interesa, el ensayo con alguno de sus obreros. Debe hacerse notar, que la palanca que se ve a un lado y que tiene en torno un papel secante esterilizado, a prueba de microbios y con todas las garantías de la higiene, se adelanta automáticamente cuando el obrero ha terminado uno de los platos o ha bebido de uno de los vasos y le seca los labios con la delicadeza que no llegaría a conseguir nunca la propia mano del obrero manual. El agente comercial de—aquí de nuevo el enrevesado nombre de la compañía—saluda al señor director y espera sus órdenes.

La máquina parlante había recitado con calma, pausadamente, como si declamara el más bello día curso, aquella ligera explicación.

Con la máquina parlante se conseguía evitar la rutina de las explicaciones de los agentes comerciales de carne y hueso, que se tienen de memoria aprendida la letanía de las alabanzas del producto que representan, y que molestan al pobre cliente con su cantinela en lugar de convencerle con una explicación corta, clara, precisa, de este agente comercial perfecto que se anidaba en aquella diminuta cajita.

Al señor director le interesó el invento. Era preciso probar su eficacia. Si, en realidad, era tan útil como a primera vista parecía, sería una de las mejoras más importantes a introducir en aquella fábrica que gozaba de todos los perfeccionamientos y de todos los adelantos.

Rodando sobre sus silenciosas ruedas empujada por aquellos hombres, que habían permanecido silenciosos, porque su misión no era la de hablar, sino la de empujar, llevó el aparato-comedor a la sala de máquinas. Los obreros pensaron que sería alguna nueva invención para obtener el laminado más fino o el torneado más perfecto, si es que cabía perfectamente en el archiperfeccionado sistema que regía la fábrica. Y se quedaron asombrados

cuando el director les dijo que la máquina aquella era para evitarles a ellos el trabajo de comer.

Charlot miró con sus cándidos ojos de niño grande a aquel aparato que no acertaba a comprender y no le dió ya más importancia. Pero fué él, precisamente él, el elegido por el señor director para ensayar el invento.

—Haga el favor de acercarse— le dijo, señalándole.

—¿Yo? — preguntó Charlot extrañado, adelantándose tímidamente.

Pronto se vió colocado frente al extraño instrumento, sujeto por unos brazos de madera que le circundaban el cuello y sostenida la cabeza a una determinada altura y en una determinada posición. En aquel invento todo era matemático y un milímetro de diferencia podía ocasionar un desastre.

Se estuvo muy quieto porque pensó que acaso lo iban a decapitar, pero se quedó asombrado cuando vió que el tablero giraba lentamente, que se paraba ante él un plato de humeante sopa, que éste subía hasta la altura de sus labios y que le introducía con suavidad el sabroso líquido hasta la última gota. Charlot miró agradecido al pla-

to que, vacío ya, bajaba para colocarse en su primitiva posición, pero no tuvo tiempo de verlo, porque se cruzó ante él el seca-labios, un aparato que bien hubiera podido pasar por un secapapas estilizado, y le enjugó la boca con un movimiento rítmico que le recordó el movimiento de sus brazos cuando atornillaba piezas frente a la polea rodante.

Como en el aparato-comedor todo estaba precisado en cálculo matemático, apenas se le habían secado los labios ya estaba allí otro plato, provisto con pedazos racionales de carne que una palanca iba empujando y metiéndole en la boca. Tenía Charlot que masticar muy de prisa para poder alcanzar el pedazo siguiente, tan de prisa que acabó por optar tragarse los pedazos como hacen los patos, sin masticar. Le parecía que aquello marchaba a demasiada velocidad, pero se hubiera guardado muy bien de exponer su opinión; él no era más que un obrero y su opinión no podía contar para nada. Se detuvo a mascar el último pedazo, pero el seca-labios le vino a dar un susto fenomenal. Había ya olvidado al tal aparatito.

Inmediatamente vió a la altura de su boca una magnífica mazorca

de maíz asada. Charlot era apasionado por el maíz asado, aunque hubiera preferido una pata de pollo, y comenzó a comer con fruición los granos mientras la mazorca iba dando vueltas en torno a su propio eje. Pero pronto la mazorca adquirió un movimiento rotatorio tan rápido que Charlot no podía comer. Los granos salían despedidos y la mazorca le hería los labios y le arrancaba el bigote pelo a pelo. El aparato no debía funcionar bien. Charlot no podía decirlo. Pero comprendía que no funcionaba bien porque todos los hombres tocaban distintos resortes y palancas, consiguiendo solamente imprimir mayor velocidad a la mazorca que rodaba a dos mil revoluciones por segundo.

Con trabajo consiguieron detener la marcha de la máquina. Charlot respiró, pero su suspiro quedó cortado en el aire. El terrible aparato seca-labios era el único que funcionaba con una matemática perfección.

—Será preciso empezar de nuevo—dijo el agente-inventor del aparato.

Se tocaron los resortes, giró el tablero y el plato de sopa volvió a estar a la altura de los labios de Charlot, pero esta vez, como si el

plato quisiera vengarse de que le hicieran trabajar por partida doble, dió un brinco sobre su soporte y la sopa cayó sobre el rostro y el vestido de Charlot, que hizo un guiño asustado. Era todo cuanto podía hacer en aquella prisión en que le habían metido.

—No, no, no es así como debe funcionar—repitió el agente-inventor—. Hay que ensayar de nuevo. Llenemos de sopa otra vez el plato.

—¿Más sopa?—preguntó Charlot intentando una protesta, pero el seca-labios, cumpliendo su misión, le tapó la boca y no pudo protestar.

La máquina se había empeñado en no funcionar bien. El tablero giraba con violencia, los platos subían a la altura de la boca del obrero y allí ejecutaban una zarabanda infernal, parecía que todos estaban dispuestos a mofarse de él. La mazorca de maíz le arrancó más de una cuarta parte de bigote. La sopa le regó el rostro y los vestidos por tres veces. La carne se metía en pedazos rápidos en su boca, sin darle tiempo ni a masticar ni a tragárselos siquiera y el pastel de postre se le quedó aplastado en la cara dándole un aspecto de niño glotón.

Trabajo costó detener aquel fiero

empuje desencadenado por quien sabe qué extrañas fuerzas. Todas las llaves eléctricas, todos los interruptores, todos los resortes se habían tocado sin conseguir parar la máquina. Por fin ella sola, cansada de aquel vertiginoso rodar, paró de repente y entonces el seca-labios, que acaso pensó no le habían dejado cumplir debidamente con su misión, quiso recuperar el tiempo perdido y empezó a batir en la boca de Charlot que debió quedarse limpia y desinfectada para toda la vida.

—Es un aparato poco práctico— se limitó a decir el director por todo comentario, despidiendo a aquellos hombres y a su armatoste.

Charlot, un poco mareado; un mucho nervioso, volvió a su puesto y siguió atornillando, sintiendo que los nervios se le iban poniendo tensos y que le entraba el vértigo, el delirio, la locura del atornillado. Con sus llaves inglesas en la mano, la obsesión, la pesadilla el delirio se apoderan de él de tal forma, que todo lo quiere atornillar; la nariz de sus compañeros, los botones de sus chaquetas... y los botones robustos que se marcan bajo la tela liviana de la camiseta del gigantón que trabaja al lado de Charlot, en su pecho fornido y firme.

Corre la voz de alarma por toda la fábrica, como si la empujara la misma fuerza motriz generadora que surge de las máquinas eléctricas: un obrero se ha vuelto loco.

Quieren detenerle, darle caza, arrancarle de la mano aquellas dos llaves inglesas con las que quiere atornillar las cosas más absurdas. Charlot, menudillo, ágil, contento como un niño que ha encontrado el juguete perfecto de su predilección, blande en el aire las dos gruesas llaves inglesas y sigue atornillando el aire y persigue a la muchachita que lleva en la falda las dos hileras de botones y sale a la calle y atornilla el caño de una fuente y sigue marchando por la acera cuando, en dirección contraria, ve venir hacia él a una señora gruesa, con robusto pecho, que lleva un traje de color claro con unos pliegues que terminan precisamente a uno y otro lado del pecho con dos gruesos botones negros. Aquello es una incitación a la locura, al delirio de Charlot. Mira a la señora, blande sus llaves inglesas y arremete contra ella; pero la señora se da cuenta de que aquel hombre la quiere embestir y huye a todo correr, asustada, desesperada, aterrorizada por aquel obrero que

a su lado, si ella consintiera en quedarse quieta, apenas se vería.

La señora se ampara en los brazos de un guardia y le dice sin aliento:

—Ese hombre... ese hombre...

Charlot llega hasta el guardia; ya que no ha podido atornillar los botones de la dama que se esconde tras el guardia, atornilla los que brillan en el fiel vigilante del orden público, y escapa a todo correr en dirección a la fábrica. Allí consiguen arrebatárle de la mano las llaves inglesas; pero no consiguen detenerle. Han avisado ya a la ambulancia para que venga a recoger al pobre enfermo nervioso, pero mientras la ambulancia llega Charlot hace mil diabluras; les persigue, escapa, se deja remontar por la gran grúa que transporta las piezas pesadas y desde el techo les hace muecas y se ríe con una risa infantil. Cuando baja de nuevo se apodera de una enorme aceitera, de esas grandes aceiteras para engrasar las partes más recónditas de las máquinas; tiene un largo y finísimo embudo. Charlot, desde lejos, puede engrasar a todos sus compañeros, al capataz, al director y hasta a los guardias y enfermeros que vienen a detenerle.

Cuando consiguen cogerle, arrancarle de las manos la aceitera y llevarlo hasta el coche de la ambulancia, Charlot se mete la mano en el bolsillo, saca su pequeña aceitera y rocía al enfermero que se ha burlado de él arrancándole de las manos la grande.

Por fin le ven partir encerrado en el coche ambulancia y todos sus compañeros de trabajo y el mismo director dan un suspiro de alivio. Aquel obrero insignificante les ha dado más guerra en un cuarto de hora que todos los centenares de obreros que han desfilado por aquellas grandes salas de máquinas.

Charlot no opone resistencia a que le conduzcan al hospital, o a la casa de salud, o dondequiera que sea. Para él nada tiene importancia. Si ha dado tanto que hacer a sus compañeros, al director de la fábrica, a los policías, a los enfermeros no es por culpa suya, sino del desequilibrio nervioso que le ha producido el trabajo monótono del atornillado. El, pobre hombrecillo sin ambiciones, sin egoísmos, sin maldades en el corazón, no es capaz de hacer nada malo y para él lo mismo da el taller que la sala del hospital.

En el coche ambulancia marcha vigilado por los enfermeros, contra los que ya no se revuelve, a los que se limita a sonreír con su sonrisa tímida e ingenua y a saludar levantando brevemente su sombrerito

hongo y volviendo a colocarlo rápidamente en su cabeza, por temor a que aquel saludo respetuoso pueda ofender a los hombres que le miran de soslayo con un poco de miedo o un poco de burla.

CAPITULO III

Corriendo por los muelles, vagabundeando por los barrios marfítmicos de la ciudad, la chiquilla — ¿doce, catorce, diez y seis años? — provee a las necesidades de su hogar. No quiere pasar hambre ni quiere que pasen hambre sus dos hermanitas, menores que ella, ni su padre, el "sin trabajo" que hace semanas y meses que busca un lugar donde ganar el sustento para sus hijas y que no encuentra más que fábricas cerradas por huelgas absurdas o fábricas que no tienen plaza para los miles de obreros que están sin trabajo.

La chiquilla es lista, es audaz, es ligera. No tiene miedo a la vigi-

lancia. No tiene miedo a nada, porque tiene hambre. Va con un miserable vestidito negro, desgarrado y sucio, los pies descalzos, el cabello oscuro, enmarañado, que le cae sobre la frente, le acaricia las mejillas y da mayor blancura a su rostro de un blanco mate, bellissimo, de facciones finas, en el que los ojos brillan con fulgores de juventud, de libertad, de inteligencia, y los dientes, grandes, blancos, apretados, se muestran entre los labios muy rojos en los que la anemia no ha impuesto aún su garra.

Con un afilado cuchillo ha saltado a una de las barcazas que traen cargamento de plátanos, corta con

agilidad, rápidamente, mirando a todas partes con aquellos grandes ojos oscuros que despiden destellos de inteligencia, corta sin cesar y, poniéndose el cuchillo entre los dientes, arroja a los vagabundos, que esperan en el muelle, el fruto que les quitará el hambre siquiera por unas horas... Hay abundancia de racimos de plátanos. La chiquilla puede cortar sin temor. También hay abundancia de vagabundos como ella, de hambrientos como ella, de hijos de los "sin trabajo", como ella. Y el fruto es pródigo y la mano de la niña ágil.

Desde el muelle doce o catorce rapaces, niños y niñas de todas las edades, recogen en el aire el fruto que desde la barcaza les arroja Paulette. Están todos contentos y todos ríen y todos secundan el trabajo de la audaz criatura a la que el viento enmaraña más el pelo que viene a cegarle con sus madejas rizosas y que ella aparta en un gesto de fiereza de su cabecita viva y bonita, cabeza digna de servir de modelo a un pintor.

Pero los colaboradores del trabajo de Paulette no son, como ella, valientes y osados. Han visto de lejos al dueño de la barcaza que viene a defender su mercancía de ma-

nos de los pequeños piratas y han escapado a todo correr en diversas direcciones. Paulette corta más plátanos. Todavía no ha comido ella ni uno solo. Todavía falta cortar para sus hermanitas y para su padre. No tiene miedo, sabe que antes de que el hombre llegue a ella, con la ligereza de gamo de sus piernas, ya acostumbradas a aquellas correrías, podrá escapar saltando por encima de las barcazas, por sobre los bultos de la carga, por sobre los montones de los frutos, burlando a su perseguidor, que no podrá seguirla por aquel vericuesto difícil de los muelles. Por eso corta hasta el último instante, hasta que ya ve muy cerca de sí al hombre que llega lleno de indignación y de rabia. Entonces mete el cuchillo entre sus dientes, sonríe con sonrisa feliz, coge en un abrazo los grandes plátanos que ha podido cortar y echa a correr como ha pensado,

En vano intenta seguirla el hombre, en vano pretende correr como ella por entre la maraña de velas, de lonas, de fardos... La chiquilla es más ligera y pronto la pierde de vista. ¡Quién sabe dónde puede estar escondida! El hombre se encoge de hombros y desiste de su empresa. Sabe que el hurto cometido

por Paulette no puede perjudicarlo mucho. ¿Qué puede llevarse la niña entre sus brazos? ¿Dos docenas de plátanos? ¡Bah! ¿Qué significa tan insignificante cantidad para el que tiene en su barcaza centenares de racimos de fruto?

Paulette, convencida ya de que nadie la sigue, marcha a su casa. Su casa es una barraca de madera que no está lejos de los muelles y de las grandes fábricas. Está enclavada en el barrio más mísero de la ciudad y es, entre todas las miserables casas que allí hay, quizá la más pobre de todas.

Las dos hermanitas han brincado de alegría al verla llegar; le arrebatan de la mano la fruta que ella les da prodigamente acariciándolas como una madre. Las eriauras devoran. Se comerían hasta la piel si Paulette no las detuviera. También las detiene en su afán de acabar con todos los plátanos que ella trae. Hay que pensar en el padre que pronto llegará a casa y que, seguramente, tampoco habrá comido en todo el día. Paulette defiende el fruto y las dos pequeñas, que aun no comprenden de generosidades, se quedan un poco desconcertadas. ¡Ellas que tienen tanto hambre!...

Paulette ha pensado bien. No tarda en llegar el hombre, abrumado por la vida. Viene con el rostro contraído, los ojos surcados por grandes ojeras, la boca con un rictus amargo. No hay trabajo en parte alguna. No puede ganar su pan y el pan de sus hijas. Se sienta ante la mesa, apoya los codos en ella y hunde la cabeza entre sus manos. Se diría que sollozaba en silencio, que lloraba sin que las lágrimas resbalaran por su rostro, yendo a quemarle las entrañas con su amargura desconsoladora.

Pero allí está Paulette tan gentil, tan bonita, tan confiada, tan alegre. Para aquella chiquilla la vida no tiene dificultades. Ella es como los pájaros, como las gaviotas que revolotean sobre las aguas de un azul dudoso de los muelles; no puede preocuparse, porque es libre como ellas y como ellas dichosa con un rayo de sol o con una ráfaga de aire.

Paulette se acerca a su padre, le acaricia la cabeza y le obliga a levantar hasta ella sus ojos fatigados por vigiliadas, por largas noches en las que el insomnio y las malas ideas le atormentan con más tenacidad que el hambre.

—Papá, no quiero que estés triste—le dice con ternura.

—No estoy triste... ¡pero tampoco hoy he encontrado trabajo!

—¿Y qué importa?... Mira, yo, en cambio, he encontrado estos plátanos... Están ricos. Toma, prueba uno — le dice, pelándole un fruto y alargándoselo.

El obrero va a devorarlo con fruición, pero se detiene un momento y mira a sus hijas que le contemplan con sus ojitos cándidos.

—No... primero sois vosotras — dice el hombre, con acento profundo y conmovido.

Paulette acaricia a sus hermanitas, se sienta en las rodillas de su padre, le abraza con mimo:

—Nosotras ya hemos comido. ¡He traído muchos, muchos! Y hubiera traído más, pero en la tienda no han querido darme...—explica riendo con ingenua malicia y mirando a su padre con una mirada que es un rayo de sol para aquel hombre al que todo le falta y que todo lo tiene, porque tiene el amor de aquella criatura que basta para hacerle feliz en su desgracia.

—¿De dónde los has cogido?— le pregunta con amargura.

—De los muelles... Había una barcaza llena, llena... Nadie me ha

visto... Anda, come, que son muy ricos.

—Algún día... algún día... vas a tener un disgusto, hija mía — murmura el obrero mientras come con hambre aquello que sólo ha de servir para engañar momentáneamente el hambre que le atenaza.

—¡Bah, nadie me ha visto! — murmura la chiquilla viendo como su padre come y sintiéndose dichosa al poder distraer con otras ideas las ideas negras del obrero "parado".

Hace semanas, meses, que viven así, de milagro, gracias a su vida vagabunda y a su audacia de chiquilla hambrienta. ¿Qué cosa mala les puede pasar? Para Paulette no hay cosa peor que el hambre y contra el hambre lucha en la medida de sus pobres fuerzas y con los medios que le salen al alcance. Desde que su madre había muerto y su padre no tenía trabajo se sentía ella responsable de la marcha de su hogar y, a falta de dinero, lo sostenía con su ingenio. Ya vendrían tiempos mejores y si no venían... ¡tanto peor!... Seguirían viviendo como hasta ahora.

Con su charla alegre, con su ir y venir, con su risa infantil, con sus caricias llenas de ternura, Pau-

lete alivia la tristeza del obrero y de las dos niñas que aun no saben de la vida más que la sordidez de su hogar, la miseria que les rodea y el hambre que se hinca en el estómago y que hace sufrir y llorar.

Paulette es el rayo de luz que calienta aquel nido helado. Paulette es la que ingenia nuevos vagabundos por los muelles, para ir viviendo. Cuando no son plátanos, es pescado fresco, o naranjas, o alguna caja de frutos secos que están hacinados en el muelle en espera de ser conducidos a los grandes depósitos francos.

Así van pasando los días sin que las hermanitas y el padre sientan demasiado el aguijón terrible del hambre. A Paulette le gusta poder coger pescado fresco, cuando llega el cargamento. Sabe que a su padre le gusta y ella lo condimenta muy bien. No hace falta comprar carbón; basta con ir a recoger pedazos de madera a las puertas de los almacenes, o a lo largo del muelle. También a veces, cuando cargan carbón en los barks, puede recoger de aquel material, pero sólo en invierno, para ahuyentar el frío, se dedica a aquella *peca*, como dice ella en su lenguaje de vagabunda.

No quiere tomar más que lo necesario y es más cómodo encender a la puerta de la casa unos leños en los que hacer una sopa de pescado, que encender con carbón el hornillo que apesta la casa.

Paulette no tiene ambiciones ni necesita grandes cosas para ser feliz. Le encanta la libertad. Si no tuviera libertad quizá entonces sentiría más su desgracia. Pero ahora es libre como un pájaro, libre como el aire; todos los horizontes son suyos. Y Paulette no ambiciona nada más.

Sólo teme que su padre, empujado por el ambiente, sea arrollado por las masas obreras que de día en día van creciendo, creciendo, como un torrente salido de madre que todo lo invade, todo lo arrastra, todo lo destruye. Paulette quisiera que su padre fuera como ella, feliz con una naranja por toda comida, dichoso con los harapos que les cubren el cuerpo, contento en aquella miseria a la que ella esté ya tan acostumbrada que no la teme.

Pero el obrero no es como su hija, no puede ser como su hija, precisamente por eso, porque tiene tres hijas a las que quisiera poder educar y criar como Dios manda, a las que quisiera ver vestidas con decen-

cia y a las que quisiera poder alimentar como necesitan ser alimentadas las niñas de esa edad.

En el barrio hay continuamente algaradas, motines, discordias. Se organizan manifestaciones. Se pide trabajo y se pide pan. La policía ha de intervenir con frecuencia en esos altercados callejeros y disuelve con facilidad a las turbas.

Un día, mientras Paulette y sus dos hermanitas recogen leña a lo largo del muelle, pasa una de esas manifestaciones de los "sin trabajo". La policía interviene. Hay un momento de confusión, de espanto, de gritos... Los obreros huyen, la policía abandona el lugar. Sobre el campo de batalla ha quedado tendido el cuerpo de un hombre.

Paulette tiene un sobresalto... Desde lejos le parece... ¡No quiere pensarlo! Arroja la leña que lleva en sus brazos, corre hasta donde está el cadáver y da un grito de angustia:

—¡Es mi padre!...

Los que se han acercado a ver el espectáculo recogen a la niña. El cadáver queda allí en espera de que venga el juzgado a proceder a su levantamiento.

Ya no les queda a las tres niñas nada en el mundo. Son tres huérfa-

nas desvalidas de las que cuidará la caridad pública. Se ocupan de ellas el alcalde de barrio y el patronato de protección a la infancia. Paulette escucha, llorosa y angustiada, las conversaciones que se tienen acerca de su suerte futura. Sus dos hermanitas se abrazan a ella desconsoladamente. Paulette las acaricia, sorbe sus lágrimas, mira a los que quieren cuidar de ellas con una mirada angustiosa y escucha con ansiedad los planes futuros en los que para nada se tiene en cuenta su propia voluntad.

Paulette no quiere que la encierren en un asilo. Para ella la libertad está por encima de todo. Que se queden con sus hermanitas a las que nada les faltará, pero que la dejen a ella en libertad, como las gaviotas de los muelles. Si la encierran morirá, como moriría una gaviota aprisionada en una jaula.

Escucha la chiquilla, conteniendo sus sollozos, acariciando a las dos pequeñas que se cogen a su falda desgarrada como al último amparo que les queda en la vida en la que ya han nacido naufragas. Paulette quisiera poderlas acallar con sus besos y consolarlas con sus palabras, pero tiene demasiado tra-

bajo escuchando lo que dicen de ellas los mayores.

—El Patronato de Protección a la Infancia—dice un señor al alcalde del barrio—se hace cargo de las huérfanas. Las internaremos en uno de nuestros asilos y allí aprenderán a convertirse en obreras de provecho para el porvenir. Ahora me dará usted todos los datos y documentos que tenga de esa familia: partida de matrimonio y de defunción de sus padres; registro civil... Puede llevarse a las niñas—dice el señor a otro que está en pie junto a ellas vestido de uniforme y que es uno de los guardias dedicados a la busca de niños desvalidos a los que el Patronato protege. Luego sigue hablando animadamente con el alcalde de barrio para ultimar todos los trámites que han de seguirse antes de la admisión de las pequeñas.

El guardia coge de la mano a las dos niñas y las lleva hacia otra habitación, convencido de que la mayorcita seguirá sus pasos. Pero ésta no le sigue. Paulette mira asustada a sus dos hermanitas que desaparecen tras una puerta, mira a los dos hombres que no se dan cuenta de su presencia, mira hacia la puerta que da a la calle y que la invita a

la libertad, y no titubea. Con aquella rapidéz de acción a la que está tan acostumbrada, con sus pies desnudos que no hacen ruido, marcha hacia la puerta y, ya en la calle, echa a correr con la celeridad de un gamo.

Los dos hombres que están hablando no se dan cuenta de la desaparición de la niña. Sólo la advierten cuando el guardián vuelve a entrar y pregunta:

—¿Dónde está la otra?

—¿No se ha ido con usted?—le dicen ellos a su vez, extrañados de la pregunta del guardián.

—No, yo me llevé a las dos pequeñas seguro de que la otra me seguía... pero no me ha seguido.

—¡Ah, esas criaturas semisalvajes! ¡Se ha escapado!—murmuró el alcalde de barrio que se había asomado a la puerta y vió desaparecer a Paulette en una esquina—. Esa niña ha sido siempre muy vagabunda, muy discola... No podrán hacer carrera de ella.

—El Patronato de Protección a la Infancia se encarga de ella. La buscaremos y la capturaremos. Estamos decididos a acabar con los niños vagabundos, que son una lacra de nuestra moderna sociedad.

CAPITULO IV

Charlot ha estado en el hospital unas semanas. La calma absoluta, el silencio, el reposo, la buena alimentación, la tranquilidad, han devuelto el equilibrio a sus nervios y le dan de alta. Ya está bien. Ya no puede seguir en aquel establecimiento donde se encontraba tan a gusto.

Con su bongo puesto, el bastoncito en la mano, tirándose de la chaqueta que le está un poco corta, contento de haberse restablecido e ignorando dónde encaminará sus pasos, sale del hospital, saludando cortésmente a los que tan bien se han portado con él.

Marcha al azar por las calles. No tiene casa. No tiene trabajo. No sabe adónde irá a parar. Pero no le importa. Está contento. Ya no tiene manías, ni el tic nervioso, ni la locura que se había apoderado de él en la fábrica. Ahora tiene una salud espléndida. Ya encontrará de

nuevo trabajo en la misma fábrica, porque no tenían queja de él como obrero probo y hourado.

Cuando llega a la fábrica encuentra carteles en todas las puertas anunciando que está cerrada indefinidamente porque los obreros han declarado la huelga. Da media vuelta sobre sus talones y sigue marchando. No le ha inmutado en absoluto el anuncio. La fábrica está cerrada; bien, tanto mejor, así no contraxará de nuevo la enfermedad nerviosa.

Haec un día claro, hay mucho sol, el aire es tibio. Charlot camina sin preocupaciones por la calle dándose el gusto de pasear a paso lento, como un millonario que todo lo tiene resuelto. El tiene acaso más resuelto el problema de su vida, porque para él la vida no es un problema. Es libre, tiene salud y hace sol... ¿Qué más puede desear?

En la misma dirección que él si-

que marcha un enorme camión cargado con largos tableros, tan largos que sobresalen dos metros y pico por la parte trasera del coche. Al final de los tableros ondea la banderita roja que anuncia peligro a los autos o peatones que van a cruzar tras el camión. Charlot sigue su camino sin fijarse en el camionazo ni en su gran carga. Da unas vueltocitas coquetas al bastón, mueve sus enormes pies a compás y lleva la otra mano metida en el bolsillo. En verdad que la vida es fácil. Si a Charlot le hablaban en aquel momento de complicaciones civiles, de luchas sociales, de revolución, de prerrogativas, de derechos, no sabría de qué le hablaban y creería que aun estaba bajo el influjo de una pesadilla. No comprendería el afán de los hombres en complicar la vida, cuando la vida es tan deliciosa como en esta mañana de sol en que él pasea sin preocuparse del presente ni pensar en el porvenir.

De pronto, la bandera roja, con la tropidación del motor, se desprende de donde va clavada y cae al suelo. Charlot es hombre educado y gusta de cumplir con los deberes cívicos. Coge la bandera, la enarbola en alto, acelera el paso y

llama a grandes voces a los del camión que no le oyen.

En aquel momento ha desembocado en la calle una gran manifestación obrera. Van con pancartas clavadas en altos palos, pidiendo lo que creen es de derecho. Es una multitud de hombres pobres, míseros, con caras preocupadas y terribles, dispuestos a todo. Charlot, que va fijo en su idea de devolver el objeto a aquellos que lo han perdido, va ahora a la cabeza de la manifestación, haciendo ondear en el aire aquella bandera roja. ¡Horror de horrores!... La policía cae sobre los manifestantes. ¡Una manifestación comunista en plena ciudad!... La represión ha de ser dura... Charlot sigue sosteniendo en alto su banderita, queriendo llamar la atención de los del camión; pero un policía se la arrebató de las manos:

—¡Ah, ya le cogimos! ¡Usted es el jefe del movimiento! ¡Queda detenido!

—¿Yo?—pregunta Charlot con su mirada ingenua, sin saber por qué le detienen, porque para él no tiene sentido nada de lo que acaba de ocurrir.

—Sí, usted, usted—grita el policía dándole empujones.

El motín de la calle está en su

apogeo; los guardias arremeten en contra de los obreros y éstos no se quedan cortos defendiéndose; aquello es un campo de batalla en plena lucha. Pero el cabecilla, aquel al que han detenido con la bandera roja en la mano, está ya en el auto de la policía en donde hay una doble hilera de detenidos, más vigilado que los otros, porque es el más sospechoso—¡Oh, la banderita roja que avisaba el peligro en la trasera del camión!—, porque es el que creó el jefe del movimiento, porque piensan que aquel hombre ha sido capaz de poner en marcha a las masas y las ha hecho alzarse bajo la enseña de un pernicioso ideal.

Le meten en un calabozo en donde hay ya otro prisionero. Charlot mira aquella jaula que no le disgusta y se sienta con cautela al lado de su desconocido compañero que hordea en un pequeño tambor. El compañero le da una mirada de desprecio y le aparta, como si apartara una mosca. Es un hombre corpulento, alto, fornido; parece un gigante. Charlot se acuerda de su compañero de la fábrica y le parece que éste es aún más enorme. Tímido, modosito, educado, se encoge en el asiento y procura estorbar lo menos posible; pero como el

hombre gordo pesa mucho y él apenas es peso pluma, se resbala rápidamente en el asiento y va a parar de nuevo al lado del gigantón que da un bufido y le vuelve a apartar con la impaciencia con que se aparta un insecto pesado.

—Súbete a tu camastro y déjame en paz—le dice de mal talante el que ha sido hasta entonces el dueño único del calabozo.

Charlot mira y ve sobre la litera de su compañero otra litera que, sin duda, es la que le pertenece y sonríe al hombrón mientras descuelga la litera de tal forma que le da un tremendo golpe al gigante, que gruñe exasperado.

Charlot saluda, disculpándose y vuelve a sonreír con una sonrisa de niño que implora clemencia. Por fortuna ha sonado el pito que anuncia la comida de los prisioneros, se han abierto los cerrojos y, haciendo el paso, se han alineado a lo largo del pasillo para dirigirse al comedor, precedidos y custodiados por los guardias.

No sabe aún las costumbres del penal ni conoce las señales de los pitos. No acierta bien en dar las vueltas precisas y en acompasar su paso al de sus compañeros y cuando llegan al comedor es el último

en tomar asiento porque no ha sabido cuándo era el turno de ocupar la mesa. Todo es asombroso para Charlot. Aquel vasto comedor con las mesas estrechas en donde están alineados unos cincuenta a sesenta presidiarios. Aquellos guardias que se llevan el pito a la boca y que con una pitada se hacen obedecer. Aquellos mismos compañeros suyos que conocen tan bien todas las modulaciones del pito y que obedecen como un solo hombre.

Mientras se ha agachado a coger la servilleta que se le ha caído al suelo, el guardia que sirve la mesa le ha llevado el plato de sopa. Al incorporarse Charlot se sorprende de encontrarse el plato lleno. Mira al techo. Cree que es de allí de donde ha caído la sopa y piensa acaso que en la cárcel tienen una máquina más perfeccionada que la que ensayaron con él en la fábrica.

A su izquierda está el gigantón, a su derecha un hombre delgado, pálido, enclenque, que tiene una mirada muy brillante, como de poseído o de intoxicado. Charlot no se ha fijado en él. Está demasiado ocupado en disputar al gigante el pan que han puesto para los dos y que el gigante quiere devorar él solo.

Se sirve de muchas estratagemas para conseguir arrancar un pedacito de pan, pero su compañero es mucho más fuerte que él y le arrebató el pan de la mano cada vez que consigue atraparlo.

En aquel momento entran en el comedor los agentes de vigilancia que controlan el contrabando de tóxicos en los penales, donde está rigurosamente prohibida la entrada de cocaína, morfina o cualquier droga heroica. Cuando el hombre pálido que está a la derecha de Charlot ha visto entrar a aquellos delegados, sin que nadie se dé cuenta de su maniobra, deja caer en el salero todo el paquete de cocaína que llevaba en el bolsillo. No quiere ser descubierto con el medicamento en su poder, aunque sabe bien que le trasladarán al hospital porque su rostro denuncia a las claras al intoxicado por la droga heroica.

Charlot, aunque está al lado de aquel hombre, no se ha dado cuenta de nada. Su atención está fija en el pan que el compañero de la izquierda no le deja coger. Y como encuentra seca la sopa, toma el salero y rocía abundantemente el plato de lo que él cree que es sal y no es más que cocaína. Y come tranquila-

mente la sopa que comienza por producirle una extraña impresión, pero que pronto le da una energía que hasta entonces Charlot no había conocido nunca. Come con más apetito y se siente capaz de pelearse con aquel hombrón que le mira con desdén. Ya no volverá a arrebatarle el pan. Charlot tiene ánimos para comerse todo el pan si es preciso, aunque le pese al hombre gordo... Con disimulo le arroja a los ojos una cucharada de sopa, mientras él engulle el pan en el que ha rociado también buena cantidad de cocaína. Le gusta aquella sal que le da tanta fuerza, tanto vigor, tanta energía.

Cuando suena el pito para abandonar el comedor, Charlot es otro hombre. Sigue a sus compañeros, haciendo el paso como ellos, pero cada cuatro o cinco pasos da varias vueltas sobre su propio eje y sigue marchando a compás. Cuando llegan ante las puertas de los calabozos, Charlot está dando una de las vueltas contrarias a la de sus compañeros y, en lugar de avanzar hacia el calabozo, emprende otra dirección. Los guardias no se han fijado en él. Cierran las puertas y se van. Cuando Charlot se ha dado cuenta de su equivocación ya es tar-

de. Corre por los pasillos en busca de un guardián que le abra su garita. No quiere incurrir en castigo, pero no encuentra a nadie.

Al volver al pasillo donde está su celda se encuentra con que algunos prisioneros han dado un planete, han metido en las celdas a los guardias y están abriendo las puertas a los demás presos para huir. En una de las celdas está el alcaide del presidio. Charlot está bajo los efectos heroicos de la cocaína. Las emprende contra los presos a puñetazos, sosteniendo una lucha desproporcionada y eficaz. En pocos segundos logra despejar el campo, ayudado por la puerta de hierro que cierra la habitación de la guardia y que le sirve a Charlot de arma defensiva. Un golpe certero de la puerta en la cabeza de los que quieren embestirle, y tiene ya a un enemigo fuera de combate. Cuando todos están en el suelo sin sentido, Charlot abre tranquilamente la celda donde los guardias y el alcaide estaban encerrados.

—Su conducta ha sido heroica— dice el alcaide abrazándole emocionado.

—¿Mi conducta?... ¿Heroica?— pregunta Charlot que nunca acierta a explicarse lo que le ocurre.

—Ha luchado usted solo contra todos esos hombres... Le propondré para una recompensa y desde ahora recibirá trato de favor en el penal.

Charlot quiere saludar con aquel su saludo humilde y pequeño, pero no lleva en la cabeza el hongo que tan buenos servicios le presta para mostrar su agradecimiento y tiende la mano al alcaide que le abraza con efusión.

Desde aquel día se convierte el infeliz Charlot en el héroe de la cárcel. Le han destinado una celda que tiene luz directa de la calle. Se le permite leer revistas y periódicos e incluso le han puesto una jaula con un canario que le alegra las horas de soledad. Charlot quisiera que aquella vida no acabara nunca. Ha solucionado de una bonita manera el problema de la vida actual, problema insoluble, difícil, pavoroso. Para él ya no hay problema. Tiene buena cama, buena comida y trato de favor, ropas limpias y no ha de pensar en nada más que en ir viviendo tranquilo y despreocupado de todo. Es dichoso.

Pero la dicha es siempre efímera en el mundo, porque los hombres no saben apreciar la verdadera dicha y se empeñan en llamar dicha a lo que no es más que angus-

tias y torbellino desencadenado. El alcaide, creyendo prestar un gran servicio al preso que mostró tan arrojado valor el día del plante, ha conseguido su indulto. Quiere darle él mismo la noticia. Sabe que lo que más anhela un prisionero es la libertad. Pero no sabe que lo que más anhela Charlot es seguir preso, porque mientras está preso come y duerme en lugar abrigado y seguro y tiene lejos de sí el fantasma terrible de la miseria.

El alcaide llama a Charlot y le hace sentar en su despacho, al lado de la esposa del pastor, que ha venido a hacer a los presos su visita semanal. Para que no se aburran mientras esperan, les sirven una taza de te. La dama va con un diminuto grifón en los brazos y mira con altivez a aquel pobre diablo que está a su lado, bebiendo a pequeños sorbos, encogido en el rincón del banco, su taza de te.

Pronto se oye un glu-glu sospechoso. Charlot se encoge todavía más para evitar el canto de sus intestinos que reciben el líquido con el glu-glu que llama la atención de la dama y del perrito que se pone a ladrar asustado por aquel ruido que no sabe de dónde proviene.

Otro sorbito de te y de nuevo el

canto intestinal. La dama mira al preso con ojos de reproche. Charlot se está muy quieto, muy quieto, y asustado de sí mismo. Cuando va a llevar de nuevo la taza a sus labios, se detiene, ya no bebe más y coge una revista para leer y disimular su turbación. Pero el ruido sigue entonando su canto monótono de aire que navega por un lugar vacío.

Afortunadamente pronto llega el pastor, que ha visitado a sus ovejas descarriadas y la dama se marcha, tropezando por segunda vez en los zapatos del indultado. Entonces es cuando el alcaide, dándole un apretón de manos cordial a Charlot, le dice:

—Le felicito. Ha sido usted indultado. Queda en libertad desde este momento, gracias a su heroísmo y a su buen comportamiento.

—¿En libertad? — pregunta el bueno de Charlot mirando aterrado al alcaide—. ¿No podría quedarme aquí un poquito más?... ¡Soy tan feliz en esta casa!

—No hay mayor felicidad que la libertad, amigo mío... Las puertas del presidio se abren para usted. Le extenderé un certificado que le permitirá encontrar trabajo fácilmente. ¡Que tenga buena suerte!

Con el certificado en el bolsillo

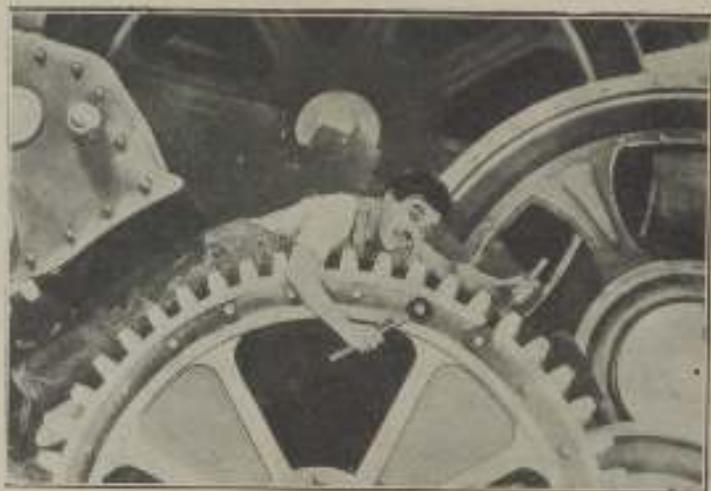
Charlot se lanza de nuevo a la calle. Ya se acabó la seguridad del pan, de un lecho confortable, de un cobijo seguro y los lujos de tener un canario que le hiciera compañía con su trino constante y unos almohadones en los que recostar la frente en las horas pacíficas del penal.

Entra en cualquier parte. Lo mismo le da un trabajo que otro. Ha llegado a los muelles y entra en unos astilleros. Exhibe su certificado:

“Certifico que el dador de la presente es un hombre honrado, digno, probo, valiente y emprendedor. Agradecerá cualquier clase de trabajo que se le confie.”

Aquel papelito es el “sésamo ábrete”, para Charlot. En el acto queda admitido. No se encuentran fácilmente obreros que traigan certificados tan categóricos de buena conducta. No hay mucho que hacer en el astillero. Se están construyendo algunas barcas y hay obreros suficientes; pero dedican a Charlot a buscar las maderas que necesitan.

—Búscame una cuña como ésta —dice el capataz mostrándole una enorme cuña que ha de servir para



...y le entra el vértigo, el delirio, la locura del atornillado...



...le anaja a los ojos una cucharada de sopa.



Cuando todos están en el sótano Charlie entrega las llaves al alcalde.



La dama mira con alivio a aquel pobre diablo.



—No hay mayor felicidad que la libertad, amigo mío...



El cinismo del hombrecillo exaspera al conservador de la tranquilidad pública.



Se sientan en el suelo y sonríen como dos viejos amigos.



—¿Puedes imaginarte qué felices seríamos en una casita así?



comiendo abundante comida, sentados en un confortable comedor.



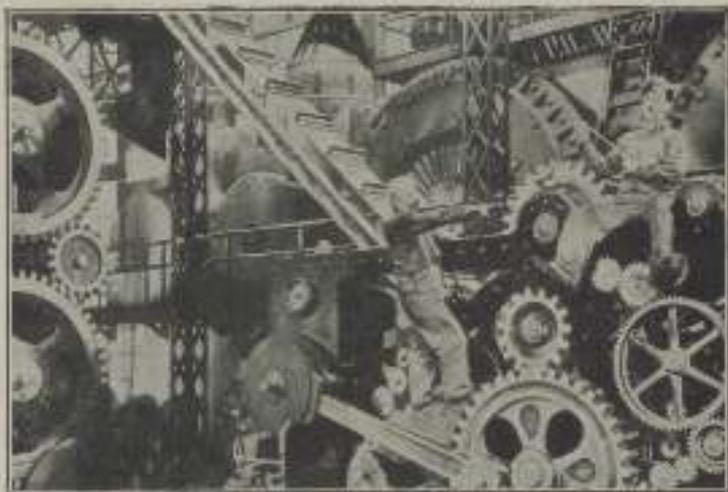
...les llama la atención un grupo de gente detenido a la puerta de un gran almacén.



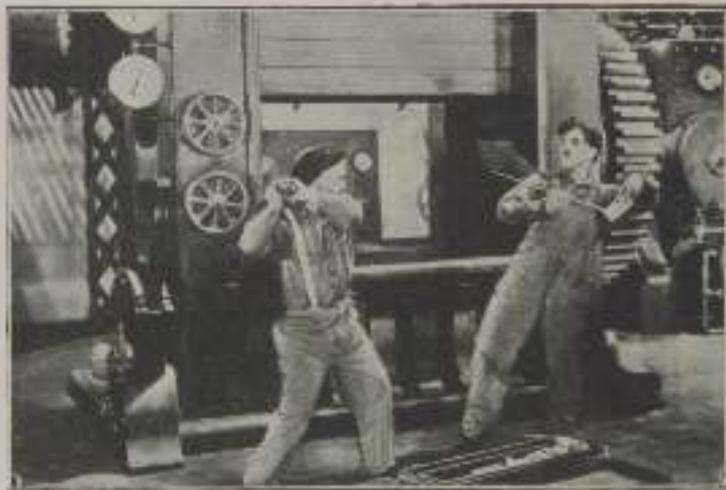
Paulette se ha puesto un magnífico abrigo de piel de armiño.



Charlie sale del almacén, cogido por un guardia.



Aquel hombreco to chiquita es un diablo...



El compaño se queda aterrado al ver el desastre.



—¿Dónde está el ganso?—



—Ven, te la voy a escribir en un pufío—le dice-Paulette.

sostener el soporte que aguantará a una de las barcazas.

Charlot busca, pero sólo encuentra pequeños trozos de madera que no sirven. Por fin ve la cuña semejante a la que el capataz le ha mostrado. No puede cogerla porque está colocada bajo grandes tablonces. No importa. Charlot es *empresedor*. Con una maza hace salir de su puesto a la cuña que él necesita y con asombro ve que una barcaza a medio construir se desliza suavemente por el declive y se va al agua desapareciendo en pocos minutos... Los demás obreros le miran con el espanto con que se mira a un loco. Charlot no necesita de palabras para comprender. Coge su chaqueta, se pone el sombrero, saluda con su

saludo corto y tímido y sale rápidamente de aquella casa en donde ha cometido una imperdonable indiscreción.

Ya está en la calle. Es inútil luchar contra su propio destino. Charlot se acuerda de la cárcel y se propone firmemente volver a ella. Sólo en la cárcel el problema de la vida deja de ser un pavoroso problema. Camina por la calle con paso tranquilo, moviendo ligeramente el botoncito entre sus dedos y piensa que sin trabajo y sin hogar el hambre no tardará en aguijonearle. Está completamente resuelto a volver a la cárcel, sea como sea; pero por el momento se contenta con pasear por las calles tranquilas llenas de sol.

CAPITULO V

Paulette vagabundea también por las calles llenas de sol. Tiene hambre, un hambre agudo que le dilata las pupilas y pone fuego en sus

ojos. Cuanto más vacío está el estómago más grandes están sus ojos, y más llenos de luz. El hambre hincó su diente sin piedad y Paulette

se para ante todos los escaparates donde hay comida tras la mampara de cristal que le priva a ella poder alcanzar cualquiera de aquellos productos que mitigarían su hambre espantosa.

Paulette sigue avanzando con paso lento. Se detiene ante el aparador de una pastelería. A los pocos momentos se detiene también ante la pastelería una camioneta, salta del pescante el mozo, abre la puerta trasera, coge una gran bandeja llena de pasteles que carga en la cabeza y, dejando abierta la puerta de la camioneta, desaparece en el interior de la tienda.

La chiquilla vagabunda mira hacia la camioneta. Llega hasta ella un delicioso vaho de pan tierno y tostado. La nariz se le ensancha en un movimiento voluptuoso. Mira a todas partes para convencerse de que nadie la ve. Se acerca despacito, se apodera de un pan y echa a correr con toda la fuerza y agilidad de sus piecillos desnudos.

Peró ha dado la coincidencia de que, en el momento en que ella cogía el pan, una señora ha visto el robo, ha llamado al dueño de la pastelería, le ha contado lo que acaba de ver y han echado a correr los dos tras la pilluela, secundados

por un guardia al que han encontrado al paso y han contado lo sucedido.

—¡A ella!... ¡A ella!... ¡A la ladrona!...—grita el pastelero, indignado.

—¡A la bribona!—grita también la señora.

El guardia corre tras la pilluela, pero la niña corre mucho más que el guardia, corre desesperadamente, ansiosa de poder defender su pieza de pan. Al volver una esquina da un fuerte encontronazo con un hombrecillo pequeño y feliz que marcha tranquilamente por la calle y los dos caen al suelo arrollados por el empuje que lleva la chiquilla.

Con dificultad pueden incorporarse en el suelo. Charlot se saca el sombrero y saluda a la niña. Luego recoge el pan y se lo va a entregar, pero el guardia llega hasta ellos y Charlot comprende lo que pasa y esconde el pan a la espalda, defendiéndolo con toda su buena voluntad para devolverlo a aquella criatura encantadora que mira asustada al guardia que le dice, indignado:

—Eres una ladronzuela y vas a venir ahora mismo conmigo.

—Yo no he robado nada... Yo

no he robado nada...—murmura la chiquilla temblorosa, temiendo que vayan a detenerla.

—Eres una ladrona... Te digo que quedas detenida...

—Yo... yo... no he sido...—insiste la chiquilla con lágrimas en los ojos y una expresión de fiera en el semblante.

—Has sido tú... Te ha visto una señora...

—A mí no me ha visto nadie... Yo no he robado nada...—dice la niña, queriendo desasirse del guardia que la tiene cogida por una mano.

Charlot, que está empeñado en volver a la cárcel, tiene una idea luminosa. Saluda con respeto al guardia y dice con su ingenua humildad:

—Usted perdone, pero no ha sido ella la que ha robado el pan, sino yo—y le muestra el pan que ha tenido escondido a su espalda hasta entonces.

—Pues así, el detenido es usted—gruñe el guardia, cogiendo el pan en una mano y llevando con la otra del brazo a Charlot que no opone ninguna resistencia, que le sigue con buena voluntad y que se vuelve a saludar a la vagabunda, con un

saludo y una sonrisa de agradecimiento.

Paulette mira asombrada a aquel desconocido que la salva con tan generoso desinterés, le ve alejarse unos pasos y, temerosa de que pueda arrepentirse, escapa corriendo, después de haber sonreído dulcemente a Charlot cuando le ha dedicado su saludito corto y tímido.

El guardia va triunfante con el pan y el prisionero pero se encuentra con la señora que ha denunciado a la vagabunda y que, al ver que han detenido a un inocente, se llena de santa indignación:

—¡Cómo!... ¡Le he dicho que era la niña la que robaba!... ¡No es éste el ladrón!... ¡La ladronzuela es ella!... ¡La he visto con mis propios ojos cuando cogía el pan!

El guardia está desconcertado, no sabe qué hacer, mira a la señora y luego mira al hombrecito que se está a su lado muy modoso, muy quietecito, muy encogido, temiendo que vuelvan a acusar a la niña y le dejen a él en libertad—¡él que tiene tantas ganas de volver a la cárcel!—y no mira al guardia para que no vea en sus ojos su inocencia.

—Ha sido ella, ha sido ella—insiste la señora cuya conciencia se

rebela ahora, al ver acusado a un inocente, y no se ha rebelado antes, al acusar a una pobre criatura hambrienta.

—Pues si no ha sido usted, vaya con Dios—dice el guardia, dejando a Charlot y corriendo a perseguir a la chiquilla que hace rato ha desaparecido tras una esquina.

Charlot no se desanima. Quiere volver a la cárcel y volverá. Está decidido. Entra en un restaurante económico, se sirve los mejores platos, come abundantemente, bebe buen vino y luego se levanta muy serio y muy feliz para dirigirse a la caja. Antes se detiene tras el cristal de la vitrina, da en ella unos golpecitos y llama al guardia que se pasea arriba y abajo de la acera.

—¿Es a mí?—pregunta el guardia con el gesto.

—Sí, sí, a usted—replica con el gesto Charlot.

El guardia entra y Charlot le lleva ante la cajera, pide su cuenta y afirma que será el guardia el que pague la nota.

—¿Usted está loco! — grita el guardia—. Pague la cuenta.

—No estoy loco; pero no tengo dinero; pague usted la cuenta o lléveme a la cárcel—replica Charlot con tranquilidad.

—¿Qué cinismo!... ¡Qué sinvergüencería! — exclama el guardia, cogiéndole de la mano para que el bribón no pueda escapársele, sin ver que el *bribón* no desea otra cosa que ser detenido.

Charlot sonríe a la cajera, la saluda graciosamente y toma un pulillo a tiempo que el guardia tira de él y con él va a llamar por teléfono a la Delegación para que vengán a buscar al fresco. Junto a la caja de teléfonos de la policía hay un quiosco donde se venden cigarrillos, cerillas, papel de fumar, chicles, chocolate, etc. Charlot queda frente al quiosco mientras el policía que está telefoneando, queda oculto a los ojos del expendedor, que tomando a Charlot por un cliente, le pone un puro en la boca, se lo enciende, le sonríe y Charlot, encantado de aquella acogida, regala a unos niños que se han detenido a mirarle asombrados—para un niño siempre es un asombro ver a un hombre detenido por un guardia—pastillas de chocolate y echa al aire deliciosas bocanadas de humo.

El policía ha cerrado la caja telefónica y se pone a la misma altura de Charlot que fuma tranquilamente. Le arranca el puro de los

labios. El ciñismo del hambrecillot también le sonríe. Es su defensor, exaspera al conservador de la tranquilidad pública. Afortunadamente ya se oye la sirena del auto de la policía que llega. Es el camión destinado a recoger vagabundos y gente maleante. Charlot sube a él sin oponer resistencia. Pasa por el estrecho pasillo que queda entre la doble hilera de gentes que van allí sentadas y, en el movimiento de arranque del autobús, cae sentado sobre una mujer muy gorda que le dedica unas palabras que no deben ser muy dulces a juzgar por la expresión del rostro de Charlot, que se sienta en el último asiento que hay vacío.

No tarda el autobús en detenerse de nuevo con un seco frenazo que empuja a todos los ocupantes en una sola dirección. Se abre la portezuela y empujan a una vagabunda que se ha resistido valientemente antes de que la prendieran. Entra sin mirar a nadie, con el rostro fiero y la mirada dura y se aguanta penosamente en una de las correas que penden del techo. Charlot la ha reconocido al instante: es la chiquilla del pan. La mira, la sonríe y la saluda, poniéndose en pie muy cortés y ofreciéndole su asiento. La chiquilla le mira con simpatía y

el que ha querido salvarla, el que se ha confesado culpable sólo para que ella pudiera quedar en libertad. Le está agradecida.

Pero Paulette no ha nacido para ave prisionera. Necesita libertad. Se ahoga en aquel coche en donde hay los olores más variados y más perversos: una mezcla de gente sucia, de vino malo, de ajos masticados, de sudor comprimido... Tiene un gesto fiero, se levanta rápidamente y cruza el estrecho pasillo en dirección a la puerta trasera que va custodiada por un solo guardia. Charlot quiere detenerla. En aquel momento, otro camión que viene en dirección contraria está a punto de embestirlas. El frenazo del conductor evita una espantosa desgracia, pero la puerta ha cedido y el guardia, la niña y Charlot han caído al suelo en confuso torbellino.

Charlot atiende primero a la niña, le acaricia la frente y la niña abre los ojos y le mira con más agradecimiento aún. Luego vuelve sus ojos al guardia, que está también recobrando el conocimiento. Charlot sigue la mirada de la niña y con naturalidad, expeditivo, le da al guardia con su propia porra en

la cabeza y le deja otra vez tendido en el suelo.

—Corre, escapa...—le dice a la chiquilla.

No se lo hace repetir dos veces la criatura, ávida de libertad, y con la agilidad de sus pies menudos echa a correr y se esconde en la primera esquina que encuentra. Allí se arrepiente de haber dejado solo a su defensor, a su salvador, al que tan bien se ha portado con ella, y se asoma discretamente y le hace signos para que la siga, para que también él escape.

Charlot siente entonces el ansia de la libertad. Ya no piensa en volver a la cárcel. Prefiere seguir a aquella encantadora criatura que le llama con el gesto, y echa a correr tras ella, huyendo del guardia y de los vagabundos que apestan mal.

Cuando están en las afueras de la ciudad se detienen. Están fatigados. Un césped tierno y un árbol que les da sombra les invitan al descanso. Se sientan en el suelo y se miran y se sonríen como dos viejos amigos. Paulette es feliz. Vuelve a ser libre. Juega con las florecillas campestres que están al alcance de su mano y mira con ternura a su compañero.

Están sentados frente a una di-

minuta casita campesina. Ven salir de ella al marido, que debe ir sin duda al trabajo. Ven cómo abraza a su mujer, cómo se besan repetidas veces y cómo se separan dichosos y felices en aquella paz conyugal.

Charlot sueña en voz alta:

—¿Puedes imaginarte qué felices seríamos en una casita así?—dice. Y comienza a explicarle lo que harían si la tuvieran. Sus palabras son tan persuasivas que llegan a convencer a la vagabunda de que todo aquello es una realidad. Ya se ven los dos vestidos sin sus harapos, comiendo abundante comida sentados en un confortable comedor, en una casita coquetona, alegre y limpia como un día de sol.

—¿He de conseguirla, aunque para ello tenga que trabajar!—exclama Charlot en un raptó de entusiasmo, al despertar de su sueño. —¿Dónde vives tú?

—¿Yo?... En ninguna parte—contesta la niña con naturalidad—. No tengo casa.

—Pues vamos a ver si encontramos trabajo... Sin trabajo no hay dinero y sin dinero no hay casa.

La presencia de un guardia, el que vigila aquellos contornos, les despierta aun más a la realidad. Se levantan rápidamente, se dan la ma-

no y marchan tranquilos, sin volver la cabeza a fin de que el guardia no los tome por sospechosos y no los haga recoger por el camión de vagabundos y malzantes del que han podido escapar por milagro.

Marchan por las calles de la ciudad cuando les llama la atención un gran grupo de gente detenido a la puerta de un gran almacén ante la que está el coche-ambulancia.

—¿Qué ha pasado?—preguntan.

—El sereno se ha roto una pierna bajando una escalera.

La pequeña vagabunda le da a Charlot la idea de que entee a solicitar la plaza vacante. Charlot obedece. Tiene el certificado expedido por el alcaide del presidio que le hace abrir todas las puertas.

Su aspecto no es lo que más seduce al gerente de los grandes almacenes, pero el certificado es elocuente y se lo queda.

—Muéstrole su obligación—dice al encargado.

Charlot recorre todas las dependencias del almacén, atiende las explicaciones que se le dan, despide al encargado que es el último de salir de la tienda y, cuando se ha convencido de que está solo, sale a la calle donde Paulette espera.

Entran los dos juntos en los

grandes almacenes. Por aquella noche no les faltará ni comida ni cobijo seguro. Charlot acompaña a su amiguita al bar, le sirve sandwiches, dulces, todo lo que se le antoja. La niña come hasta la saciedad. Luego recorren juntos los diversos departamentos. En el de juguetes, Paulette se entusiasma con todo lo que ve. Es una niña, enteramente una niña. Y Charlot, que es un niño grande, se calza unos patines y comienza a deslizarse por el encerado suelo. Hace filigranas. Domina el arte del patín. Es capaz de patinar con los ojos vendados. Y se ata en la frente un pañuelo oscuro para mostrar a su amiguita aquella habilidad.

Patina al borde mismo de un lugar donde están haciendo obras para mejorar el almacén. Han derribado un tabique y queda el piso cortado. Un deslíz y saltaría sobre cinco pisos de altura, yendo a estrellarse en la planta baja. Charlot no se ha dado cuenta. Patina bordeando el peligro, haciendo mil filigranas junto a aquel precipicio espantoso. Cuando la niña se da cuenta de ello ahoga un grito terrible. Quiere salvarlo, pero también ella se ha calzado patines y no sabe pa-

tinar. Resbala, se cae, sufre indeciblemente al ver que a cada momento Charlot está a punto de brincar sobre el precipicio y no se atreve a hablarle para no asustarle y precipitar la desgracia. Por fin, con gran trabajo logra detenerle en su loco patinar.

Entonces suben un piso más y se encuentran en la sección de dormitorios. Es la primera vez que ven aquellas camas lujosas, aquellos muelles divanes, aquellas pieles y plumas y encajes y sedas que adornan las colchas y los almohadones. Paulette se ha puesto un magnífico abrigo de piel de armiño y se contempla ante un gran espejo. Se encuentra bonita, y en verdad está arrebatadoramente bonita surgiendo de aquella finura blanca de la piel su cabecita artística, con su pelo negro y enmarañado, con sus grandes ojos luminosos, con su boca roja en la que brillan los dientes apretados y blanquísimos.

Se acuesta en una cama soberbia y siente la voluptuosidad de la blandura de los colchones y del calorito de las pieles.

—Quédate aquí durmiendo. Yo te avisaré mañana por la mañana antes de la hora de entrada—le dice Charlot, tapándola bien con el

abrigo—. Yo voy a hacer mi ronda.

Allí se queda la niña que no tarda en dormirse profundamente y Charlot, con sus patines, va recorriendo todas las dependencias del almacén. El ascensor le lleva de un piso a otro. Los patines le permiten hacer el trabajo más rápidamente. Baja a la planta baja, pasa por entre los maniqués que muestran los trajes de caballero del bazar, va a marcar en el reloj su visita y cuando regresa en un largo y majestuoso patinaje se encuentra con la desagradable sorpresa de que tres de los maniqués le están encañonando sendas pistolas. Son unos ladrones que han entrado y que se han inmovilizado al ver la luz del ascensor.

—¡No te muevas o te descerrajo un tiro!—le grita uno de ellos.

Pero es difícil, llevando patines y estando preso de un ataque de nervios, permanecer quieto en su puesto. Con dificultad puede tenerse en pie. Con la pistola apoyada en su costado le llevan hasta el bar y le obligan a ponerse de cara a la pared, a la pared donde están colocadas las grandes pipas de toda clase de vinos. Charlot no puede estarse quieto: el temblor de sus piernas le hace resbalar en el suelo bri-

llante sobre las ruedas de sus patines.

Uno de los ladrones dispara un tiro y el vino sale furiosamente, rociando la cara de Charlot que bebe deleitosamente.

—No somos ladrones—le dice otro de los tres hombres que hasta entonces no ha desplegado los labios—. Tenemos hambre y venimos a comer.

Charlot ha reconocido la voz de su compañero de fábrica, de aquel gigantón que remachaba a su lado los tornillos que él atomillaba. Se vuelve y le sonrís. El gigantón también le ha reconocido. Ya no hay peligro alguno. Son amigos, buenos amigos. Podrán comer cuanto quieran y salir saciados del almacén. Los cuatro hombres comen felizmente y beben champafia para celebrar el encuentro.

Les acompaña hasta la puerta cuando se marchan, como hombre educado, haciendo los honores de la casa y saludándoles cordialmente, con aquella sonrisita tímida que se capta todas las simpatías. Luego sigue su ronda.

Los primeros albos de la mañana despiertan a la chiquilla que ha dormido profundamente, con un sueño feliz y reparador, por pri-

mera vez en su vida en una cama muelle y calentita. Asustada, temiendo ser descubierta y causar un perjuicio a su protector, escapa rápidamente a la calle. Esperará a Charlot en la calle. No quiere que nadie pueda sospechar que la ha tenido toda la noche en el almacén durmiendo tranquilamente en la mejor cama de la sección de muebles.

Ya se han abierto al público los grandes almacenes. La clientela se pasca por las grandes salas, elige géneros, revuelve, mira, toca. Una señora se ha acercado al mostrador de retales, los revuelve todos, busca detenidamente y por último da con lo que busca:

—Quisiera esta tela—dice, mostrando a la vendedora un poquito de tela blanca que surge entre toda la maraña de retales de todos colores.

La vendedora tira de la tela, que no cede; tira con más fuerza; parece que esté cogida con un clavo; pero ni eso, porque si estuviera clavada se desgarraría; tira con más fuerza aun y entonces sale Charlot que se había quedado profundamente dormido sobre el mostrador, bajo todos los retales que le habían servido de sábanas.

Hay un escándalo fenomenal. Charlot tiene la camisa salida por encima de sus pantalones, y es la vendedora la que con sus persistentes tirones la ha sacado del lugar donde debía estar. Las señoras se tapan los ojos ruborizadas. Los hombres están indignados. Hay que detener a Charlot por escándalo público. Se avisa a la policía. Suenan las sirenas de los automóviles. Se

aglomera en la calle un apclotonado público que siente la curiosidad de saber lo que pasa.

Charlot sale del almacén, cogido por un guardia, y mira con desconuelo a Paulette, haciéndole señas de que se marche para que no vayan a cogerla también a ella.

Nuevamente suenan las sirenas... ¡y Charlot es llevado otra vez a la cárcel!

CAPITULO VI

Sólo le detienen quince días. No lo han llevado a ningún penal; la delegación ha sido bastante para castigar al pobre diablo. En aquellos quince días ha comido y se ha acordado mucho de su amiguita, de su compañera de miseria y de angustias, que compartidas dejan ya de ser angustias.

Cuando sale a la calle, distraído, con su mirada inocente e ingenua perdida en la lejanía, unas manos le cubren los ojos. ¡Es Pau-

lette! Charlot se rio de la travesura de la chiquilla, la abraza tiernamente y marchan de la mano, como dos hermanos de la desgracia.

—¿Sabes?—le dice la chiquilla con inocente alegría—. ¡Ya tenemos casa! Verás, es casi un palacio.

Le lleva a las afueras de la población, hasta unos campos en donde algún traspero ha debido edificarse su barraca que ha dejado vacía al encontrar algo mejor donde vivir.

Charlot mira la barraquita hecha de maderas viejas y verdaderamente le parece un palacio a él que no ha tenido nunca hogar. Estran en la casita que parece de juguete. Todo está viejo y destartado. Los muebles apolillados se caen al menor contacto. Las mismas paredes se vienen abajo cuando se quita alguno de los soportes que las sostienen penosamente.

—Bueno — dice la vagabunda con una mirada melancólica—, no es precisamente un palacio, pero parece una casa encantada.

—Sí, es una casa encantada— repite Charlot, mirando a su alrededor y apoyándose en una puerta que cede y le hace caer al agua, porque la casita está edificada en una pequeña península, a orillas de un lago.

Charlot se debate en el agua penosamente. Paulette quiere ayudarlo, pero no alcanza con sus manecitas que le han de servir para sostenerse ella, y le alarga el pie, su pie fino y delicado, acostumbrado a la desnudez, al frío, a la intemperie y a los largos caminos de los vagabundos.

Así logra salir de allí y se sacude tranquilamente. La noche llega. Charlot es un hombre decente y

educado. No le parece bien pasar bajo el mismo techo de Paulette toda una larga noche entera en aquella barraca que consta sólo de una habitación. Por fortuna, adicionado a la barraca, hay otro departamento, sin duda la garita del perro del trapero. Charlot la elige para él, mientras cede la estancia principal a su querida compañera que le sonríe agradecida.

El sueño les hace olvidar sus penalidades y su negro porvenir. El sueño, que es el mismo para el poderoso que para el desdichado, les hace sentirse felices en su miseria, puesto que hoy duermen bajo techo y poseen una casita que nadie ha de venir a disputarles.

Duermen plácidamente, como si estuvieran en un lecho de plumas. La niña duerme tendida en el suelo, envuelta en una manta. Charlot duerme en aquella casita, demasiado pequeña para él, encogido de tal forma que las rodillas le tocan en la barbilla, pero aun así duerme dichoso, porque se ha dormido arrullado por el sueño de la gratitud hacia la que quiere compartir tan espontáneamente su pobreza y su abandono.

Amanece. La luz opaca, tamizada por las gasas de la bruma, penetra

en la casita donde Charlot duerme y le despierta con su claridad mortecina. Se estira perezosamente, se pone su traje de baño y se dispone a zambullirse en el agua que está a la orilla misma de su casa.

Está contento. La ablución matinal templará sus nervios y le hará bien. Se encamina hacia la orilla, se pone al borde de una palanca que está tendida sobre el agua y se lanza a ella de un salto que ha querido ser artístico; pero el agua tiene apenas dos palmos de profundidad y Charlot sale apabullado de la zambullida. Se ha dado un golpe en la cabeza y otro golpe en... Charlot se lleva la mano a la parte dolida y camina, cojeando, hacia su vivienda. No volverá a bañarse en aquel charco traidor. No volverá a incurrir en aquella equivocación.

A poco de haber entrado sale ya completamente vestido. Va con su chaqueta estrecha, de la que sólo puede abrocharse un botón, con sus brandes zapatos que no le dejan casi caminar, con su sombrerito hongo y su bastón en la mano, y va a llamar a casa de Paulette. Ahora hasta pueden darse el lujo de visitarse mutuamente en sus propias casas.

La vagabunda ha madrugado

también y tiene preparado un almuerzo que casi puede decirse regio. Cuando oye la llamada de Charlot abre presurosa la puerta. Charlot, siempre cuidadoso de l buen porte y las buenas maneras, se limpia bien los pies en un papel que sirve de limpiabarros y entra en la casa. Ayer, cuando entraron, el madero del friso de la puerta le cayó en la frente. Hoy siente la curiosidad de ver si pasa lo mismo y cierra la puerta de golpe. ¡Claro!... Ocorre lo que ya era de prever... El madero vuelve a pegarle un fuerte coscorrón en la cabeza. Charlot se ríe con risa infantil. Le divierte su desgracia.

—Vamos a desayunar. He traído provisiones abundantes y, además, el diario de hoy. ¿Qué más desea el señor?—preguntó la vagabunda, abrazando a Charlot contenta, feliz, encantada de no estar sola en su abandono, en su orfandad, en su miseria desesperada.

Charlot mira todo lo que la niña ha traído: hay jamón, huevos, una rucda de pescado y café... ¿De dónde ha salido todo aquello?... Charlot amenaza a la niña dulcemente, como la había amenazado en otra ocasión su padre, cuando le dió los

plátanos que había robado en la baraca.

Pero no quiere reñirla. Sin la decisión de Paulette no hubieran comido aquella mañana. Charlot se sienta frente a la mesa. ¡Pero aquella casa está hecha de barro blando!... La silla se hunde hasta el asiento. Hay que retirar la mesa para que pueda levantarse y se colocan un poco más lejos, donde el piso parece más sólido.

Como dos chiquillos dichosos, como con hambre, charlan alegremente, se miran a los ojos y se sonríen. Comen con formalidad, como si tuvieran la conciencia de que estaban ejecutando un acto trascendental. Para ellos sí lo es, porque no todos los días pueden permitirse el lujo de un almuerzo como aquel.

Después Charlot se pone a leer el diario. Hay que enterarse de la marcha política del país y, sobre todo, de la marcha social, por si acaso se ofrece alguna probabilidad de encontrar trabajo.

Lee varias noticias que no tienen importancia y se limpia los dientes con un palillo, con aire desdenoso. Ya ni la prensa es interesante en estos tiempos. De pronto sus cejas se levantan, señal infalible de que está

preocupado o de que tiene una gran idea.

En el periódico se iba de leer algo que le interesa enormemente. Parece que se ha solucionado la huelga. Que han llegado a un acuerdo patronos y obreros. Que volverán a funcionar las fábricas. Esto es una buena noticia. Si hay trabajo hay dinero y si hay dinero no faltará el pan ni para él ni para aquella encantadora Paulette que desde ahora será dueña y señora de su hogar.

—Mira, hay trabajo en las fábricas; no tengo tiempo que perder. Voy a la ciudad a ver si encuentro puesto en la fábrica en donde había trabajado cuando caí enfermo.

Se abrazan, como vieron abrazarse a aquel matrimonio feliz el día en que se sentaron a la sombra de un árbol frente a una casita campesina. Charlot se vuelve muchas veces a saludar a la niña que le despide desde la puerta, que le hace adiós con la mano, que le manda besos con la punta de sus dedos. Los dos están esperanzados. Han de acabar los tiempos difíciles. No pueden seguir toda la vida sin trabajo, vagabundeando por las calles

y por los arrabales como dos pobres perros hambrientos.

Cuando Charlot llega cerca de la fábrica ya ve a la multitud de obreros aglomerados a sus puertas. Fuerzas de guardias de seguridad controlan la entrada de los obreros en la fábrica y evitan con su presencia que haya motines ni escándalos. Charlot está animoso y valiente. No puede esperar a que todos aquellos obreros desfilen por la verja de hierro donde se les da un número y se les abre un pequeño boquete para dar paso al obrero admitido. Es preciso acelerarse. Avanzar por entre la multitud del rebaño humano. Nada teme, porque lleva dentro de él el ansia de llegar, de encontrar trabajo, de salir de su miseria para poder hacer dichosa a la pequeña vagabunda que tanto le quiere y a la que él quiere tanto.

Como es pequeñito, pequeñito, como su cuerpo abulta poco y sus brazos son ágiles para dar codazos, se desliza fácilmente por entre la multitud. Tiene los ojos fijos en la verja de entrada y se apresura antes de que aquella última esperanza pueda cerrarse ante él.

Consigue llegar en el momento preciso en que, después de haberse

abierto el boquetito suficiente para darle paso, se cierra definitivamente la puerta y se coloca el letrero que dice en grandes caracteres:

Están completas las plazas

Charlot da un suspiro de alivio y penetra en la fábrica con aire triunfal, como el que acaba de ganar una peligrosa batalla.

Le destinan a ayudante de un experto mecánico. Es preciso limpiar bien las máquinas, paradas durante semanas y semanas de huelga, antes de ponerlas en movimiento. Charlot va con su enorme caja de herramientas al hombro, una caja que pesa cuatro veces más que él, pero va tan animoso que no siente el peso de la caja. Quiere trabajo y tiene trabajo. Ahora se siente con valor hasta para volver a formar parte de una de aquellas cadenas de obreros en el trabajo en serie que a poco le cuesta perder la razón para toda su vida.

Se paran los dos, el mecánico y el ayudante, ante la maquinaria complicadísima que han de limpiar. El mecánico lleva los planos de la máquina en el bolsillo y todas las indicaciones de palancas, llaves y resortes. Se despoja de su americana, después de haber comprobado la hora que era en un gran reloj de

bolillo que acaricia y que muestra a Charlot para que lo admire.

—Es un recuerdo de familia— le dice.—A veces no anda, porque debe estar ya cansado de caminar durante tantos años. Pero hoy marcha bien. Déjalo en un lugar donde no pueda estropearse.

Charlot coloca la chaqueta, con el reloj metido en el bolsillo, en la plataforma de una laminadora. Y comienzan a tocar resortes y a abrir llaves. Charlot no entiende nada de aquella maquinaria y mueve una palanca, que hace bajar rápidamente la prensa laminadora. Charlot se queda frío de terror. ¿Qué le habrá sucedido a la chaqueta de su compañero?

El mecánico, que no se ha dado cuenta de lo sucedido, mueve otra palanca para levantar la prensa y poderla limpiar mejor. Charlot se acerca tímidamente a la plataforma y extrae la chaqueta tan prensada que parece una hoja de papel. ¡Y no hay que decir cómo ha quedado el reloj!... Parece un reloj de cartón, de esos que pegan en las fachadas de algunas relojerías de arrabal para llamar la atención de la clientela.

Charlot mira aquella pieza, la mueve, la acerca al oído. Su cara

denota el mayor asombro. ¡Ha dejado de andar!... ¿Qué le pasa al reloj, que ha cobrado dimensiones centuplicadas?

Su compañero se queda aterrado al ver aquel desastre, coge el reloj en sus manos y lo besa tiernamente, mientras suspira:

—¡Mi recuerdo de familia... aplastado!...

Pero es hora de trabajar y de no dejarse llevar por sentimentalismos familiares. Sube, seguido de su ayudante, a lo alto de la máquina, consultando constantemente los planos y las indicaciones, que no siempre dan el resultado apetecido. Además, Charlot, sin consultárselo, se atreve a dar vuelta a las llaves o a mover las palancas, y la máquina toma las más absurdas direcciones poniéndoles en graves aprietos y en momentos de verdadero peligro. Aquel hombrecillo chiquito es un diablillo. El mecánico comienza a desesperarse con él y le daría a gusto una torta si en aquel momento no lo hubiera levantado a tres metros de altura uno de los resortes de elevación de la máquina. Cuando Charlot vuelve a bajar toca sin querer una palanca, y los rodillos de la máquina cogen entre sus dientes al mecánico que

comienza a dar vueltas vertiginosas por entre bielas, cables, cojinetes y ruedas. Charlot se apresura a parar la marcha de la máquina, pero el hombre queda en posición horizontal, sacando la cabeza que mira al suelo por entre dos ruedas que le aprisionan. Imposible salir de allí.

—Eres un zopenco—le dice—. Da otra vez marcha.

—¿Qué palanca he de mover? —pregunta Charlot, dándole los planos.

El hombre se la señala y Charlot da vuelta a la manivela, la máquina emprende su marcha y Charlot la vuelve a parar. Pero el mecánico no ha salido aún de aquel engranaje complicadísimo. Ahora son los pies los que asoman por entre dos ruedas más chiquitas. Otra vez le pasa los planos Charlot y otra vez se pone en movimiento la máquina. Ahora Charlot espera ávidamente ver por qué agujero asomara la cabeza de su compañero, porque está seguro de que tampoco esta vez han tocado el resorte preciso para hacerle salir de allí. Efectivamente, ahora asoma a poca altura del suelo, con la cabeza mirando a lo alto, prisionero de un cojinete y una biela.

La sirena de la fábrica anuncia la hora del almuerzo. Charlot, tranquilamente, va a coger el paquetito del almuerzo que Paulette le ha preparado, y viene a sentarse en un banquillo, junto al prisionero de la máquina.

—¡Pero sácame de aquí! — le grita, exasperado.

—No puedo; es la hora del almuerzo—replica Charlot, mordiendo tranquilamente su pan.

—No tienes entrañas... ¡Sácame de aquí!

Charlot se compadece del hombre y empieza a mover palancas y resortes, pero es inútil. A la hora del almuerzo desconectan el flúido eléctrico y toda la fábrica deja de funcionar. No hay más remedio que tener paciencia.

—Entonces... dame el almuerzo... Tú me irás dando la comida... Tengo hambre...—dice el mecánico.

Charlot encuentra muy razonada la petición, va a buscar la caja del almuerzo de su compañero y comienza a darle provisiones. Pero no es tan fácil como parece. El hombre no puede casi masticar en la posición en que se encuentra. Y Charlot tiene poco arte para dar la comida a un inválido. Le coloca entera la ensalada en la boca; parece

un florero. Luego le da el huevo duro que, quedándose atascado en el oprimido gaznate del obrero, le produce un fuerte acceso de tos, tan fuerte, que el huevo sale disparado en la misma forma en que entró en la boca.

Charlot es previsor y sabe que para los ataques de tos es muy bueno un poco de bebida caliente. Llena de café la tacita y quiere dársela a beber, pero en aquella posición es imposible. Charlot tiene expeditivas resoluciones. Toma un largo embudo que sirve para echar el aceite en las partes más anchas de las máquinas. Pero el café toma un gusto abominable al pasar por el embudo y su compañero hace muecas de disgusto. Efectivamente, Charlot huele el embudo y cree que su compañero tiene razón.

¿Cómo darle a beber su café? Charlot busca en la caja y encuentra un pollito asado de muy buen aspecto. Buena vida se da el mecánico. Coge el pollo en una mano y mira a través del cuello decapitado. La limpieza interior del pollo se ha llevado a la perfección por una mano experta y Charlot ve perfectamente bien a través de aquel agujero que comienza en el cuello decapitado y termina en la parte de

la cola... Ahí está el embudo. Aplica a los labios esta última parte y va tirando por el cuello del pollo pequeñas sorbitos de café. La solución ha sido maravillosa.

Luego arranca una pata del pollo y se la da a comer al mecánico que la va mordiendo a medida que Charlot le va dando vueltas. Charlot piensa que él lo hace mucho mejor que aquella máquina que ensayaron con él.

Ya suena otra vez la sirena de la fábrica. Ha terminado el tiempo que se concede a los obreros para su almuerzo y es preciso ponerse a trabajar otra vez. Charlot toca resortes y mueve palancas. Su compañero sale de la prisión en que está, pero ahora se remonta rápidamente, sentado en una polea, hacia una altura vertiginosa. Charlot para la máquina. No puede conseguir que su compañero vaya a estrellarse contra el techo. Se rasca la cabeza pensando qué es lo que puede hacer para conseguir que baje de allá.

Mientras está pensando se acerca a él otro obrero y le pregunta:

—¿Dónde está tu capataz?

—Ahí arriba...—contesta Charlot, mostrando al mecánico sentado

a medio camino, entre el techo y el suelo.

—Pues hazle bajar—ordena el otro brevemente.

Charlot obedece. Toca la palanca de retroceso y, antes de que el mecánico pueda ser engullido otra vez por rodillos y engranajes, para la marcha y el obrero puede brincar al suelo.

—¿Qué ocurre?—pregunta, creyendo que es orden superior acerca del trabajo.

—Que abandonéis el puesto. Hemos declarado otra vez la huelga.

El que les ha dado la noticia sigue su camino para ir llevando la orden a todos los departamentos de la fábrica, y los dos hombrecitos que estaban tan contentos porque tenían trabajo, se miran aterrados y se rascan la cabeza... Para ellos es aún más difícil comprender esto que el difícilísimo mecanismo de la pieza que se les había confiado.

En la puerta de la fábrica los obreros están amotinados. Los guardias logran apenas contener la avalancha de la muchedumbre. Azuzan a los que abandonan el trabajo. Gritan, vociferan, contenidos por el cordón de guardias que custodian la puerta. Charlot es el úl-

timo en salir. Deja el trabajo con pena y abandona la fábrica muy a su pesar. Estaba tranquilo pensando que ya tenía trabajo y ahora vuelve a encontrarse en la calle. Saluda al guardia que se pasea delante del portillo por el que salen los obreros. Quiere congraciarse con él y le hace su saludito menudo y tímido, levantando ligeramente el bongo en un movimiento casi mecánico.

El guardia le empuja para que se marche de prisa. Charlot, en su precipitación, tropieza con una madera sobre la que había una piedra de regular tamaño. La madera ha servido de palanca y la piedra ha ido a estrellarse en el cogote de uno de los guardias que contienen a la muchedumbre.

Los obreros ovacionan a Charlot porque creen que la pedrada ha sido intencionada. Los guardias le detienen creyendo lo mismo. Hay una enorme algarabía a la que pone fin la sirena del autobús de los guardias, que se lleva de nuevo a la delegación de policía al infeliz Charlot, al que el canto de la sirena del coche le parece ya una música habitual.

CAPITULO VII

Otra vez se ha quedado sola la pequeña vagabunda. Ya no tiene a su lado al compañero que le hacía la vida más fácil y amable con su optimismo, su alegría infantil, su confianza en la vida.

Paulette recorre sola las calles, azuzada por el hambre, como siempre. Pero es una chiquilla que no se arredra ante el infortunio. Ha nacido en él, en él se ha criado y es para ella el medio de vida natural, porque no ha conocido nunca no ya la prosperidad, sino ni tan siquiera la tranquilidad del pan de cada día.

Recorriendo avenidas y plazas, no apartándose nunca de los barrios obreros, de los barrios de los muelles, de los barrios que la han visto nacer y en los que su miseria no es tan dura, porque es la de casi todos cuantos la rodean, se encuentra con una pequeña feria callejera. Los caballitos, llenos de chiquillos

que se han podido permitir el lujo de pagar un real para montar en ellos, dan vueltas y vueltas alocadas en torno al eje central, acompañados por una música rítmica que llena el aire con sus claros sonidos.

La niña se detiene, mira a los que van montados en los caballitos, escucha la música y se pone a bailar. Tiene el sentido del ritmo y de la danza. Sus pies desnudos se mueven con gracia y agilidad. Su cuerpecillo de adolescente se cimbrera con arte. Sus brazos tejen en el aire complicados arabescos que son como el dibujo gráfico de la armonía que llena el ambiente.

La chiquilla baila con la sonrisa en los labios. Se ha olvidado de su miseria. Se ha olvidado de que su amigo está en la cárcel. Ahora no es más que una criatura dada por entero al juego que la divierte y la apasiona.

A la puerta de un cafetucho, de uno de esos clásicos cafés que hay en los muelles de todas las ciudades, dos hombres presencian la danza improvisada de Paulette. La contemplan entusiasmados. Aquella niña, vestida con aropeles, puede ser un éxitazo en su establecimiento, presentándola como número sensacional. El público exige cada día con más ahínco que se le distraiga mientras come o bebe. La chiquilla puede hacer una deliciosa bailarina.

La llaman y le proponen su idea. A Paulette no le parece mal. Le darán la comida, los vestidos de "representación" y un jornal que le permitirá poder vestirse ella misma como van vestidas otras muchachas de su edad. Acepta entusiasmada. Será una magnífica sorpresa para Charlot cuando salga de la cárcel.

El éxito de la pequeña es rotundo desde la primera noche que se presenta en público. Es una criatura toda intuición musical. No necesita que nadie le enseñe. Sería capaz de bailar las más disparatadas danzas, porque sólo tiene que escuchar un segundo para interpretar con el gesto la armonía musical. Ya está asegurado, así, su porvenir. Si

se comporta bien trabajará y comerá en aquel cafetío y quien sabe si aquello le abra, más adelante, las puertas del arte.

Otra esperanza alienta a Paulette mientras baila ante el público del café. La esperanza de encontrar allí mismo trabajo para Charlot cuando salga de la cárcel. Le irá a esperar, le dará la sorpresa de verla vestida como una señorita, con sombrero y zapatos y medias ¡y hasta monedero!... Y luego le llevará al café para presentarlo al amo y rogarle que le dé trabajo. Si consiguen trabajar los dos la vida será un verdadero paraíso para ellos y se habrán acabado para siempre las privaciones y la miseria.

Los días pasan velozmente, y más ahora que el hambre ya no alarga las horas dolorosamente. Han pasado quince días desde que Charlot fué llevado a la delegación como turbador del orden, por exceso de cortesía. Hoy es el día en que saldrá a la calle, porque el delito—supuesto delito que Charlot es incapaz de cometer—no requiere más pena.

Paulette se arrima cuanto puede a la pared para que Charlot no la vea hasta el momento de estar

frente a ella. Va muy vestidita, con sus falditas cortas a cuadros, su pelerina negra, su sombrerito de paja con flores, puesto en la coronilla, como persona que no ha llevado nunca nada sobre su cabello.

Espera impaciente. Tiene ganas de abrazar a su amigo. Mira hacia la puerta de la comisaría y siente un sobresalto en el corazón cada vez que la ve abrirse, pensando que ya es Charlot el que va a salir. Cuando le ve aparecer, se arrima más a la pared. Quisiera poder intruarse en ella para que la sorpresa fuera todavía mayor al aparecer ante los ojos de su compañero.

Charlot sale distraído, con el sombrero hongo sobre su cabeza, los zapatos enormes, el bastoncito en la mano y aquella chaqueta que nunca puede llegar a abrocharse por entero. Camina unos pasos sin darse cuenta de la presencia de su amiguita y cuando ésta se pone ante él se queda admirado, lanza una exclamación de júbilo y la abraza con entusiasmo.

La niña se cuelga a su cuello, brinca con alegría, le va enseñando una a una todas sus prendas. A Charlot le llama mucho la atención el sombrerito, tan coquetón; lo toca

para darse cuenta de que no es un engaño, de que en realidad es algo que existe; hace dar a Paulette unas vueltas para verla mejor; admira sus zapatos y se entusiasma con el vestido.

—Mira, mira, también tengo monedero—le dice Paulette, mostrándole el bolso, el primero que tiene en toda su vida, ¡con la ilusión que le hacía poseer una de aquellas pequeñas bolsas misteriosas que había visto llevar a todas las señoras! Ahora podría meter en ellas todas esas mil y mil chucherías que caben en una bolsa de mujer. Y podría meter incluso dinero, porque ganaba su jornal y su comida y le quedaba para ahorrar unos céntimos diarios.

Charlot admira; la contempla extasiado; aquella criatura está transformada; le parece que él es ahora más pequeño, más insignificante, más humilde al lado de la que hasta entonces no era más que una vagabunda cubierta de harapos.

—También para ti he encontrado trabajo—le explica Paulette, después que ha dejado admirar a su amigo su indumentaria.

—¿Para mí?—pregunta Charlot, más deslumbrado aún por el talento

de aquella criatura que no sólo ha encontrado trabajo para ella en aquellos tiempos difíciles, sino que ha sabido buscarle empleo para él.

—Sí, en el mismo café donde yo trabajo. Vamos a hablar con el dueño. Me ha prometido darte trabajo en cuanto salieras de la cárcel. Vamos.

Se cogen del brazo. Charlot va a la derecha de Paulette, pero es un caballero y es un hombre educado y, saludando con su saludo corto y tímido, pasa a darle él la derecha, como un cumplido gentleman.

El dueño del café les recibe con un poco de recelo. Aquel hombrecillo pequeño e insignificante no acaba de complacerle, pero en fin, ha prometido a la bailarina que hará cuanto pueda por su compañero y, como no quiere perder a la niña que es la mejor atracción de su cafetín, se dispone a interrogar a Charlot acerca de sus aptitudes.

—¿Qué sabe usted hacer?— le pregunta.

Charlot se traga la saliva antes de contestar. En realidad no sabe lo que sabe hacer, porque siempre ha sido una máquina en las largas cadenas de trabajo de la fabricación en serie. Si tuviera él que contestar no sabría qué decir; pero allí

está Paulette para sacarle de apuros.

—Sabe hacerlo todo; es muy listo y muy honrado. Tiene un certificado de buena conducta.

Charlot muestra aquel certificado que le abre las puertas como un conjuro mágico, pero que no le sirve contra las huelgas y el paro forzoso cuando llegan arrollándolo todo.

El amo del café lo lee y se queda complacido. No es fácil encontrar gentes que cuenten con tan buenos antecedentes.

—¿Sabe servir las mesas?— pregunta, buscando ya lugar para emplazar a Charlot.

Charlot vuelve a tragar saliva y no sabe qué contestar; es también su amiguita la que habla por él:

—¡Oh, sí, sí!... Sirve muy bien... Es lo que sabe hacer mejor.

Charlot asiente con una sonrisa tímida en los labios, admirado del aplomo de Paulette que afirma todo cuanto él negaría de buena gana, porque en realidad jamás ha servido una mesa y no sabe cómo podrá salir del apuro.

—¿Canta usted?—vuelve a preguntar el amo del café, que necesita, sobre todo, atracciones para

que el público no emigre a otros cafés más divertidos.

—¿Cantar?...—se atreve a preguntar Charlot con cara de angustia.

—¡Oh, sí, sí!—afirma Paulette con entusiasmo, mirándole de manera expresiva para que no la haga quedar mal—. Canta muy bien. Tiene voz de barítono. Ha tenido muchos éxitos cantando.

—Pues queda usted admitido. Servirá las mesas y luego cantará, como una atracción de complemento, antes de que salga a bailar la vedette.

Charlot tiene en el rostro una expresión angustiosa. No ha cantado nunca y tiene muy mala memoria para aprender la letra de las canciones. De oído coge con facilidad el tono, ¡pero la letra!... ¡imposible!... Además no ha cantado nunca, nunca se ha atrevido a lanzar al aire su voz, que no sabe siquiera si es armoniosa.

—No te asustes... Hemos de trabajar para comer... Tú cantas y, si gustas, ya tenemos el porvenir asegurado.

—Bueno, haré lo que quieras... Pero yo no he cantado nunca.

—Ni yo había bailado nunca y me he convertido en una bailarina.

—Tienes razón... Eres una gran filósofa. Cantaré, serviré las mesas, haré todo lo que tú quieras. Así seremos felices.

Charlot se viste con el smoking de los camareros y comienza su trabajo que no es tan fácil como él se creía. Atiende diligente a todos, pero comete mil torpezas que los demás han de subsanar. Cuando sale por primera vez de la cocina con una bandeja llena de platos, vasos, jarros y cubiertos, se enreda entre la cuerda de la que va atado el perrito que trae uno de los clientes. Le cuesta mucho desasirse de aquel enredo. Caer al suelo, sentado. Pero Charlot tiene el sentido del equilibrio, como su amiga tiene el del ritmo, y logra que no caiga ni una sola de las piezas que hay en la bandeja. Respira con un suspiro de alivio.

Va y viene de una mesa a otra, anotando los pedidos de la clientela con una gracia maravillosa. Pero luego se olvida de cumplir los pedidos. Hay un señor que hace media hora que está pidiendo un ganso asado. Charlot se lo ha anotado tres veces, pero el ganso no llega. El cliente se exaspera. Llama al dueño. Formula una queja contra Charlot. Charlot saluda y dice que

en seguida le trae lo que pide. Marcha a la cocina rápidamente, y en su turbación y premura empuja la puerta de salida, en lugar de la de entrada. El empujón derriba a otro de los camareros que iba a salir con una bandeja ya dispuesta para servir la comida a unos clientes. Charlot se queda aterrado, fuera de la cocina, temiendo las iras del cuído. Pero en aquel momento, otro de los camareros entra en la cocina. Charlot atisba por la rendija de la puerta. Pasa lo que sospechaba; todas las iras del que ha derribado caen sobre el que no tiene la culpa ni sabe qué es lo que ha pasado. Charlot entra entonces muy tranquilo, muy sonriente, muy modocito, pasa por en medio de los que están discutiendo y se acerca al mostrador a pedir el ganso asado que el cliente espera.

Por fin lo tiene todo dispuesto. Sale triunfante de la cocina con la bandeja levantada y marchando airoso a través de la sala. Pero en aquel momento la orquesta ha iniciado un baile y las parejas salen a bailar rápidamente. En un instante queda llena la pista que hay entre las mesas. Charlot se siente arrastrado por el empuje de los bailarines que a duras penas

pueden moverse, porque se apretujan unos a otros en el estrecho recinto en donde no caben todos. Con la bandeja muy alta Charlot procura abrirse paso. El es muy menudito y ha de hacer un gran esfuerzo para sostener la bandeja por encima de las cabezas de la multitud. Está angustiado en aquel oleaje humano que lo trae y lo lleva sin dejarle llegar a su destino.

El cliente vocifera y protesta, subido en la silla, siguiendo con los ojos los vaivenes de su ganso llevado en alto por la mano segura de Charlot.

Hay un momento en que ya Charlot está cerca de la mesa del cliente. Este baja de la silla y se prepara para devorar el apetecido ganso; pero en el instante en que ya llega junto a él, un oleaje más fuerte de los bailarines, que han tomado un sentido contrario, arrebatada de nuevo a Charlot y lo precipita en el centro de la sala, sufriendo indeciblemente para mantener en alto su bandeja.

Tan en alto la sostiene que el ganso queda cogido en el gancho de una de las lámparas que penden del techo. Charlot no se da cuenta de ello y sigue su peregrinación penosa. Ahora parece que va a cesar,

porque la música ha cesado y los bailarines se han parado. Le será más fácil abrirse paso entre ellos. Se apresura para llegar a la mesa donde el cliente se desespera. Los aplausos de los bailarines reaniman a la orquesta y vuelven a danzar, sin compasión para el pobre camarero que se siente de nuevo arrastrado por el empuje de aquellas docenas de parejas de bailarines que se hacen la ilusión de que bailan en el estrecho recinto.

Nada hay eterno en la vida. Por fin cesa el baile y puede Charlot llegar hasta la mesa del cliente. Un rugido de éste le hace comprobar que el ganso ha desaparecido. Lo busca minuciosamente debajo de los platos, entre las hojas de la ensalada, en sus bolsillos. No comprende cómo ha desaparecido el ganso que tanto trabajo le ha costado sostener en el aire. El no es prestidigitador, pero ya comienza a creer en que también tiene este don, desde que ha tenido que convencerse que había de ser cantante.

¿Dónde está el ganso?... Lo busca por debajo de las mesas, lo llama como si aun estuviera vivo, con cariñosos píos, pero el ganso no aparece. El amo del café está indignado. El cliente enfurecido. Por

fin lo descubren clavado en el gancho de la lámpara. Charlot sonríe de alegría. Ahora podrá servir el ganso al cliente. Lo coje entre sus manos, con verdadero cariño, y se lo lleva. Pero está escrito que el ganso no ha de llegar a su puesto.

Unos jugadores de rugby que están un poco achispados por el efecto de las varias botellas de vino que se han bebido, toman al ganso por una pelota de rugby y persiguen a Charlot para arrebatárselo. Charlot lo defiende, abrazando fuertemente al ganso sobre su corazón. Los jugadores son fuertes y ágiles. Le persiguen con saña. Uno de ellos logra arrebatárselo y escapa corriendo. Charlot brinca sobre las mesas, corre tras el ansiado ganso y consigue apoderarse de él nuevamente. El juego ha terminado con el triunfo de Charlot que deposita el ganso en el plato del cliente. Pero ahora el cliente ya no quiere comerse aquella porquería.

Charlot no puede comprender porqué el cliente ha estado pidiendo durante dos horas un ganso asado si ahora no quiere comérselo. Se rasca la cabeza y se encoge de hombros. ¡En verdad que los hombres son incomprensibles!

En la habitación donde los "ar-

tistas", los que distraen al público mientras éste come y bebe, esperan que les toque el turno de presentación, Charlot estudia la letra de su canción. El amo del café le ha dicho que no volvería a servir las mesas y que si no triunfaba en el cuplé teudría que despedirlo. Charlot estudia paseándose de arriba abajo, con el papel en la mano, haciendo esfuerzos supremos para encaquetarse aquella letra que no le queda grabada en el cerebro.

De su pequeño camerino sale Paulette con su vestidito de bailarina. Está monísima. Charlot la mira, entusiasmado.

—Te voy a ensayar la canción— le dice la niña, sentándose de un brinco sobre la mesa y disponiéndose a escuchar a su amigo.

Charlot se estira su chaqueta, se saca los puños y hace como que entra en escena, con un aire marcial. Cuando va a empezar, se le ha olvidado ya la letra de la canción.

Coge el papel y se lo relec tres o cuatro veces. Vuelve a comenzar su pantomina. Inútil. La letra se le resiste. No podrá aprenderla de memoria.

—Ven, te la voy a escribir en un puño y así, cuando te olvides,

la podrás leer—le dice Paulette.

Charlot encuentra maravillosa la idea de la chiquilla. Le da el puño y la niña escribe los versos infames en los que se explica la conquista que un hombre feo, gordo, viejo, antipático, hace de una jovencita que se declumbra por el brillo del anillo que lleva el hombre en el dedo.

Paulette escribe los versos escritos por quién sabe qué poetastro de café de barrio y Charlot ya se siente más fuerte con aquello que le permitirá cantar sin equivocarse.

—Ahora es su turno—le dice el amo, entrando a avisarle.

Charlot se pone más tieso, se estira bien su chaqueta y mira el puño escrito que se lee casi por completo por la bocamanga.

Paulette le abraza, le besa, le anima. Está nerviosa y excitada. Y se queda junto a la puerta para ver desde allí la representación de su amiguito.

Charlot sale a escena acompañado por los acordes de la música. Antes de empezar a cantar ejecuta unos pasos de baile que son todo un poema coreográfico humorístico. La gente se ríe con grandes carcajadas y Charlot se siente animado

por aquella acogida simpática que se hace a su arte.

Gesticula cada vez más en sus pasos de danza, y en uno de sus gestos el puño sale volando sin que él se dé cuenta de ello. Cuando termina el baile se para para comenzar a cantar, y mira con disimulo hacia el puño... ¡pero horror de horrores!... ¡El puño no está en su sitio!... Charlot siente que la angustia le ahoga la garganta, pero es preciso vencer aquello si no quiere ser despedido, y comienza de nuevo el baile, esperando encontrar el puño en algún rincón. Nada. Ha desaparecido totalmente de su vista. No podrá cantar. Se vuelve a parar y el público comienza a impacientarse, azuzándole para que cante.

Charlot mira con angustia hacia Paulette y le muestra, por señas, que ha perdido el puño. Paulette, por señas también, le dice que invente la canción. Charlot sonríe. Es preciso salir del apuro. El público exige y no quiere que haya un escándalo que podría conducirle de nuevo a la cárcel. Entonces, con un esfuerzo de ingenio, consiguiendo con la mímica hacer comprender lo que no sabe decir con palabras, comienza a cantar en camelo:

Nadie es capaz de entender las palabras pronunciadas por Charlot. Se diría que canta en francés, pero no dice ni una palabra francesa. A veces suenan sus palabras a italiano, o a español, para coger en seguida de nuevo el acento francés. Al público le divierte mucho aquello. No entiende las palabras, pero no importa; la mímica lo es todo. Charlot les hace comprender bien el encuentro del caballero gordo y feo y la pizpireta mujercita; les hace comprender las primeras miradas cambiadas entre los dos; les hace comprender el deslumbramiento de la muchacha al ver el brillo de la sortija; el atrevimiento del galán al invitarla a subir a un taxi; las escenas de amor fácil que dentro del taxi se desarrollan y a las que la niña accede, deslumbrada siempre por el brillante que luce en el dedo el don Juan vulgar.

El público se ríe hasta las lágrimas. Charlot está encantado. Entre cuplé y cuplé ejecuta sus pasos de danza que despiertan aún más la hilaridad del público. Luego sigue contando la historia que puede seguirse paso a paso por su mímica, aunque sus palabras sean por completo ininteligibles. La coqueta fácil, antes de comprometerse a

nada, hace examinar por un experto la sortija que el caballero le ha regalado... ¡y resulta ser falsa!... Viene el natural rompimiento y la natural indignación de la que se cree burlada, con la humillación del Don Juan que había creído poder conquistar un corazón con un brillante falso.

El éxito de Charlot no tenía precedentes. El público aplaudía rabiamente, con las lágrimas en los ojos y los estómagos dolidos de tanto reír. Tuvo que salir a escena varias veces, un poco aturdido por aquellos aplausos, un poco medroso de que el entusiasmo no acabara arremetiéndole contra él.

Paulette estaba también loca de alegría. A ella le había gustado más que a nadie el trabajo de Charlot. Le abrazaba y le besaba con una alegría tan llena de infantil ingenuidad que Charlot se sintió de sobra recompensado.

—Le felicito—le dijo el dueño del café, estrechándole la mano—, queda usted contratado a largo término en mi establecimiento.

—¡Bravo! — exclamó Paulette, abrazando otra vez a Charlot—. ¡Se han acabado las preocupaciones!... ¡Ya tenemos trabajo los dos!

—Ahora es su turno, señorita

Paulette—dijo el hombre, tratando con mucho respeto a aquellos dos jóvenes que realzarían la fama de su establecimiento.

—Ya voy, ya voy...

Paulette abrazó aún varias veces a Charlot antes de salir a escena. Le dijo que ahora serían felices para siempre, que ya no tendrían que temer a la policía, que ya no se separarían más... Y salió a escena brincando con gracia y agilidad al compás de la música.

No pudo llegar al centro de la sala. De una de las mesas se levantaron dos caballeros que la cogieron de la mano y le dijeron:

—Queda detenida.

—¿Detenida?... ¿Yo?... ¡No he hecho nada malo — dijo Paulette, aterrorizada ante aquella situación.

—Somos del Patronado de Protección a la infancia. Hace semanas que la estamos buscando. Aquí está su retrato, para que se convenza de que no hay confusión.

—Caballeros... hagan el favor de pasar... No demos un escándalo en público... Dentro podremos resolver este asunto... — suplicó el amo, temeroso de que un escándalo pudiera comprometer el éxito de su establecimiento.

Paulette, seguida por aquellos

dos hombres, entró y se echó, llorando, en brazos de Charlot.

—¡No quiero que me encierren! —gemía la niña—. ¡No quiero separarme de ti!...

—No tengas miedo—le susurró Charlot al oído—. Nos escaparemos.

La pequeña vagabunda tenía confianza en Charlot y le dejó hacer. Mientras los hombres estaban distraídos hablando con el dueño del café, ellos se escondieron en el camerino de Paulette, apretando la puerta con todas sus fuerzas.

Los del Patronato empujaban en dirección contraria, no queriendo dejarse escapar su presa. Charlot

hizo signo a Paulette de que se pusiera detrás de él y que escapara corriendo cuando él dejara abrir la puerta. Así lo hicieron. Cuando con más entusiasmo empujaban los del Patronato la puerta, Charlot la dejó abrir y aprovecharon la ocasión de que entraron disparados por el empuje hasta el fondo de la habitación, para salir corriendo y cruzar a toda velocidad el café. Charlot, para mayor seguridad, iba derribando tras él todas las sillas que encontraba a su paso. Así los perseguidores tendrían que deshacer aquella barricada improvisada y les darían tiempo a poner camino de por medio.

CAPITULO VIII

Caminaron toda la noche. Estaban rendidos. Debían haber hecho algunos kilómetros y se sentaron a descansar. Ya no tenían que vinieran persiguiéndoles hasta allí. La carretera estaba desierta y húme-

da, llena de las brumas de la mañana. Charlot, con los pies destrozados por el camino, se quitó las botas para descansar mejor, mientras Paulette envolvía bien sus enseres en el pañuelo de fardo dentro

del que cabía todo su misero ajuar.

La luz de la mañana se extendía sobre la tierra suavizando los colores con su resplandor pálido. Era un nuevo día que comenzaba para aquellos dos vagabundos, para aquellas dos miserables existencias que no lograban salir de la oscuridad de su destino. Era una nueva aurora que se ofrecía con magníficos resplandores a las dos vidas aniquiladas de aquellas infelices criaturas que nada podían contra su propio destino.

Paulette se sentía triste, desfallecida, anonadada. Charlot, en cambio, no perdía su optimismo y su tranquilidad. Tenía confianza en el porvenir. No tenía ambiciones. No sentía el empuje de la corriente humana. Que le dejaran un tranquilo rincón de tierra, un mendrugo de pan, y ya nada más necesitaba, aunque estaba convencido de que había que luchar para obtener todos los derechos y prerrogativas del hombre.

Despreocupado en su ingenua confianza, silbando la cancioncica que tanto éxito le había valido la noche anterior, se puso los zapatos, disponiéndose a caminar nuevamente, ahora que ya habían reposado.

Un sollozo le sacó de su abstracción. Paulette, vencida por su amargura, había dejado caer la cabeza sobre una piedra y lloraba inconsolablemente. ¿Qué era aquello? Charlot no quería que su amiguita llorase. La cogió por un brazo y la obligó a mirarle.

—¿Qué te pasa?... ¿Por qué lloras?—le preguntó en una muda interrogación de sus ojos asombrados.

—¿Para qué seguir luchando?—sollozó la niña—. Es mejor acabar de una vez para siempre. Es mejor no querer luchar contra nuestro destino...

—¡Ánimate... No desfallezcas... Ya nos arreglaremos... Sigamos marchando... La aurora nos anuncia el camino que hemos de seguir... No siempre han de ser malos los tiempos... Hay que vivir y hay que saber triunfar de la vida.

La levantó, cogió él su pequeño fardo y la cogió a ella del brazo, comenzando a caminar carretera adelante.

Paulette iba triste, infinitamente triste. Charlot la miró con su expresión de niño candoroso y le dijo, dándole el ejemplo:

—Sonríe... Hay que saber sonreír a la vida, para que la vida nos sonría a nosotros.

La chiquilla sonrió, sonrió a aquel hombre que sabía darle ánimos en su desesperación y que sabía tener esperanza cuando parecía que ya todas las puertas le habían sido cerradas.

Chariot sonrió otra vez al ver sonreír a su amiguita y caminó con más ardor, con la fe puesta en el porvenir.

Sus siluetas marchaban hacia el

horizonte. Ante ellos se levantaban pequeñas colinas, montes más elevados, cordilleras inescalables... ¿Qué importaba?... Tras ellas brillaba la luz de la aurora y era hacia aquella luz hacia la que se dirigían los dos parias, los dos desheredados de la fortuna, los dos infelices seres que marchaban por la carretera húmeda y desierta, llena de las brumas de la mañana.

FIN

Próximo número:

La sentimental producción, basada en la célebre novela de Henri Murger, "ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

M I M Í

por Gertrude Lawrence y Douglas Fairbanks, Jr.

Precio: Una peseta

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta acreditada colección, en exclusiva, la novelización de la casi absoluta totalidad de las producciones nacionales, y adelantamos algunos títulos a cual más sugestivo:

La bien pagada

publicada

El último contrabandista

publicada

El niño de las monjas

publicada

Don Quintín el amargao

publicada

Nobleza baturra

publicada

Madre alegría

publicada

Rosario la cortijera

publicada

Es mi hombre

publicada

La hija del penal

publicada

Rataplán

publicada

La verbena de la paloma

publicada

La hija de Juan Simón

publicada

El secreto de Ana María

publicada

El 113

publicada

¡Abajo los hombres!

publicada

Los claveles

publicada

Amor en maniobras

publicada

Paloma de mis amores

publicada

Currito de la cruz

publicada

El cura de aldea

El ballarín y el trabajador

La señorita de Trevelez

Morena clara

¿Quién me quiere a mí?

La farándula

Las tres rosas

Error judicial

La papirusa

La casa de la troya

La mujer adúltera

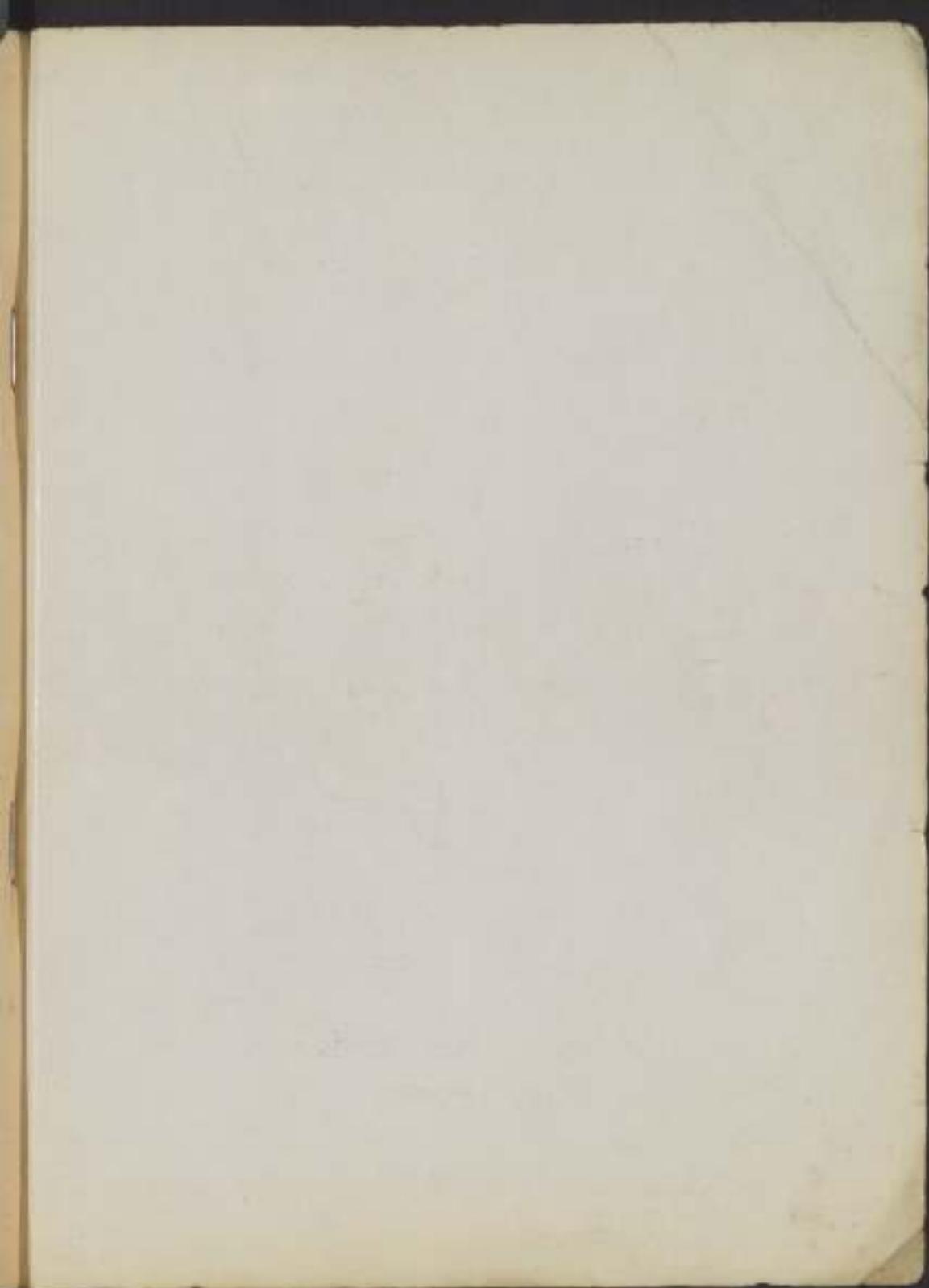
El ruiseñor del convento

Pecado de Amor

Precio: UNA PESETA

Inmejorable presentación

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!



E. B.



Editorial, Imp. M. PELLISSIER
Lyon, 181 - Teléfono 78.00

Precio: Una peseta